EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

INTRIGAS DE TOCADOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Ortiz



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

H

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Ferna
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

INTRIGAS DE TOCADOR.

INTRIGAS DE TOCADOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 29 de Abril de 1864.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
MATILDE.................	Sra. D.ª Matilde Diez.
AURELIA.................	Adela Alvarez.
TERESA..................	Rosa Tenorio.
EL MARQUÉS DE LA TEMPLANZA................	Sr. D. Antonio Pizarroso.
CÁRLOS DE OLIVARES...	Manuel Catalina.
GONZALEZ................	Mariano Fernandez.
BERNARDO FERNANDEZ..	Manuel Pastrana.
SALAZAR.................	N. Ibañez.
PERALTA	N. Mendoza.
MAQUEDA................	N. Villalva.
BOMBONI.................	Rodriguez.
UN CRIADO del Marqués...	
OTRO IDEM de Salazar....	

La accion, en nuestros dias.

Nota. El pensamiento de esta comedia está tomado de otra francesa de M. Scribe.

ACTO PRIMERO.

Salon amueblado con lujo. Dos puertas laterales y una al fondo. Á la izquierda un velador con recado de escribir. Á la derecha una mesa pequeña cubierta con un rico tapete, encima de la cual se ven libros lujosamente encuadernados y varios periódicos.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE y SALAZAR.

Matilde, sentada, escribiendo en el velador. Salazar, de pié, á su lado.

MATILDE. ¡Uf! ¡Ya estoy cansada de escribir! ¿Pero qué empeño de convidar á tanta gente? En nuestro salon apenas caben cincuenta personas.

SALAZAR. No importa; sigue.

MATILDE. Si pasan ya de ciento los convidados. ¿Dónde van á bailar? ¡Ni moverse podrán siquiera!

SALAZAR. Eso es lo que es menester; que no puedan entrar, y que si entran no se los pueda recibir.

MATILDE. Pues entonces, ¿para qué los convidas?

SALAZAR. No por ellos, sino por mí. Para que digan que el baile estuvo muy concurrido, que nuestras relaciones son numerosas.

MATILDE. Que muchas personas tuvieron que quedarse en las antesalas.

SALAZAR. Eso es...

MATILDE. Y algunas en la escalera.

SALAZAR. No tanto, pero poco menos. Vamos, continúa.—Señor don Casimiro Lanuza y señora.

MATILDE. ¡Cómo! ¿Al ganadero de Getafe? ¿Pero tú has pensado cómo vendrá su mujer?

SALAZAR. No importa. Tengo mis proyectos electorales.

MATILDE. Ya caigo. Y Lanuza te votará con sus carneros?

SALAZAR. No, con sus colonos. Es hombre de influencias...

MATILDE. ¿En sus ganados?

SALAZAR. Tú no entiendes de eso.

MATILDE. ¿Que no entiendo? El acto mas grave de nuestra vida, es siempre una eleccion.

SALAZAR. ¿Una eleccion?

MATILDE. La de marido.

SALAZAR. Gracias, por haber merecido tus sufragios. En fin, no has olvidado á ninguno de mis amigos?

MATILDE. ¿De los que han de asistir al almuerzo de hoy?

SALAZAR. Si; y ademas al baile de mañana.

MATILDE. ¡Es lástima! ¡Como son tan divertidos!

SALAZAR. Su importancia exige...

MATILDE. ¿Que sean insoportables?

SALAZAR. No los trates asi. ¿Qué tienes que decir de Peralta, el editor, el genio de la libreria?

MATILDE. Que comienza todas sus publicaciones por la tercera edicion. Yo no he visto una sola donde diga primera.

SALAZAR. Todo cuanto publica se agota en seguida. Y de mi amigo Maqueda? El genio de la pintura?

MATILDE. Otro que tal... Pero observo una cosa, y es que todos tus amigos son genios cuando menos.

SALAZAR. ¡Oh! ahora por todas partes el genio... sobra...

MATILDE. Por eso falta tanto el talento.

SALAZAR. ¡El talento! facultad de segundo órden... fruto del estudio... Eso se queda para las gentes vulgares... Un siglo tan grave... tan poderoso como el nuestro necesita de los genios.

MATILDE. Pero hay ya tantos...

SALAZAR. ¿Has puesto la esquela á Fernandez el abogado?

MATILDE. Al genio de la abogacia... que acaba de publicar un tomo de poesias fúnebres?

SALAZAR. El mismo. Hoy me ha regalado diez ejemplares. Aqui estan. (En el velador.)

MATILDE. ¡Diez ejemplares de un libro detestable!

SALAZAR. ¿Te quieres callar?

MATILDE. Es inconcebible. Desde que te reunes con genios tengo que medir mis palabras. Si digo ¡Jesus! ¡qué libro mas insípido! ¡Silencio! Anoche en la zarzuela estuve á punto de bostezar... apenas lo notaste: ¡chist! ¿qué vas á hacer? ¿No se puede ya bostezar en la zarzuela?

SALAZAR. No: mis amigos desconfian de tí y te estaban mirando. Si me quisieras mas, hubieras aplaudido.

MATILDE. Hasta ahí no llego. Cada vez me explico menos tu conducta. ¿Pero quién se explica que tú que debes á tus padres y á tu trabajo una fortuna envidiable, te hayas metido á escritor y á personaje importante? Has abandonado tus negocios y tus haciendas... ¿y para qué? Para poderte consagrar mejor á esa turba de majaderos, á quienes traes y llevas y das de comer y haces bailar y correr por el camino de la gloria.

SALAZAR. Ese es mi secreto.

MATILDE. Dí mejor tu enfermedad. Y de todos ellos, al que menos puedo sufrir, es al charlatan de Gonzalez, que Dios confunda.

SALAZAR. ¡Gonzalez! ¡hombre prodigioso, verdadero fenómeno, genio de la medicina!

MATILDE. Tú se le recomiendas á tus amigos como gran médico, y en cuanto te sientes indispuesto llamas á otro en seguida.

SALAZAR. El médico no debe ser amigo... ¡Qué cosas reparas! Mira; te ruego que cuando te ocupes de mis amigos, no lo hagas en público. Yo soy un hombre independiente... sin ambicion... pero no quiero indisponerme con nadie. ¿Han llevado ya la esquela al señor Marqués de la Templanza?

MATILDE. Al ilustre personaje... al senador?

SALAZAR. Yo me burlo de su título y de su calidad... pero tiene tanta influencia en los periódicos ministeriales...

MATILDE. Y como tú eres un hombre independiente... Vamos, la opinion pública es tu pesadilla... Tú pensando siempre lo que dices y yo diciendo siempre lo que pienso. Pues has de saber que si tú adulas al Marqués, yo odio á su esposa.

SALAZAR. ¡Calla por Dios! Una mujer terrible, una mujer que se encuentra en todas partes, en los salones de los ministerios, en las tribunas de las Córtes, que intriga, que

habla de política, y que en una noche levanta y destruye cien reputaciones.

MATILDE. Empezando por la suya. Una coqueta... una aventurera... que ha sacrificado su juventud á un viejo. Subdirectora ayer de un colegio, y hoy apenas si se digna mirar desde lo alto de su senaduria.

SALAZAR. ¡Mujer!

MATILDE. Si no fuera por Teresa, por la hija del Marqués, con quien ella se porta como una verdadera madrastra... Su madre me la recomendó al morir y la adoro. Ella si que podia tener vanidad. Rica, hermosa, y sin embargo es la dulzura y la amabilidad en persona; pero su madrastra, la insoportable Aurelia, Lady Macbet, como la llaman todos...

SALAZAR. Matilde, una cosa te pido en nombre de mi cariño.

MATILDE. ¿Cuál? ¿Que ame á esa mujer?

SALAZAR. No; pero que la recibas y la trates como si la estimaras. Tengo un interés.

MATILDE. Siempre me toca á mí sacrificarme. ¿Pero qué tienes tú que ver?

SALAZAR. Son cosas que no conviene...

MATILDE. Siempre la misma respuesta... De algun tiempo á esta parte ni sé lo que haces... ni lo que escribes. Conferencias secretas... ¡conciliábulos con tus amigos! ¿Te has metido á conspirador ahora que no está de moda?

SALAZAR. ¿Yo?

MATILDE. Y la conspiracion no es contra el gobierno, sino contra tu mujer. He perdido tu confianza. Pues Dios te libre de que yo tome por el mismo camino y forme un club con mis amigas.

SALAZAR. Es posible que una mujer de tu talento...

MATILDE. Cuidado, que como yo declare la guerra á la señora senadora... (Al ver á Teresa, que aparece por el fondo.) ¡Ah! Ya tengo quien me ayude. ¡Mi querida Teresa!

SALAZAR. (Con inquietud.) Que no adivine...

ESCENA II.

DICHOS, TERESA.

MATILDE. ¡Gracias á Dios que te veo! (Abrazándola y besándola.)

TERESA. Mamá no ha podido acompañarme. (Saluda á Salazar: Matilde le quita el sombrero y abrigo.)

SALAZAR. ¿La señora marquesa tan ocupada como siempre?
TERESA. Tiene hoy una audiencia. Un nuevo compositor á quien protege, y que se ha empeñado en que oiga su partitura.
SALAZAR. ¡Ah! el jóven Bomboni, gloria de Cangas de Tineo, de alma fuego, verdadero genio musical...
MATILDE. ¿Otro de tus amigos?
SALAZAR. Si, otro de los nuestros... un hombre que meterá mucho ruido.
MATILDE. Sobre todo cuando toque su sinfonia.
SALAZAR. ¿Con que la bella Aurelia vendrá luego á honrarnos? Nos ha prometido asistir. ¿Y el señor Marqués, su papá de usted, á quien todos admiramos?
TERESA. Sigue bien.
SALAZAR. ¡Qué hombre tan maravilloso! Encerrado en su elocuente silencio, ha visto desde su asiento senatorial pasar los ministerios y las situaciones, sin abandonar jamás su plaza de consejero. Es un monumento...
MATILDE. (¡De consecuencia!)
TERESA. Ayer en la tertulia se habló de la última obra que acaba usted de dar á la imprenta.
SALAZAR. ¿Mis «Armonias políticas y literarias?»
TERESA. La misma. Yo no la he leido... es demasiado profunda para mí.
SALAZAR. ¡Género aleman!
MATILDE De ese que no se entiende...
TERESA. Pues Gonzalez, el médico, y Bomboni, el músico, se la saben ya de memoria.
SALAZAR. ¡Qué buenos amigos!
TERESA. Otros cinco ó seis señores que estaban presentes se deshicieron tambien en elogios. ¡Qué sublimidad! decian, ¡qué inmensidad! ¡qué genio!! Peralta, el editor, gritaba mas que todos.
MATILDE. Es el encargado de vender la obra...
SALAZAR. ¡Hay que perdonar algo al calor de la amistad! ¿Y su papá de usted, qué decia?
TERESA. No decia nada. (Con candor.)
SALAZAR. Es su costumbre... un hombre grave que no compromete nunca su opinion.
MATILDE. Lo mismo que en el Senado...
SALAZAR. ¿Y mi señora la marquesa?
TERESA. Mamá habló de ella con entusiasmo, y hasta llegó á

exclamar: «Este hombre debia de estar ya en la Academia de Ciencias morales y políticas.»

SALAZAR. ¡Qué mujer! ¡qué gusto! ¡qué tacto!

CRIADO. El señor de Gonzalez espera á usted en el despacho. (Ha entrado por el foro izquierda.)

SALAZAR. ¡Ah! Gonzalez... Que voy en seguida.

MATILDE. (¡Qué ir y venir!... Pero ¿de qué tratarán?)

SALAZAR. Con permiso... (Á Teresa.) La dejo á usted con mi mujer. (Váse haciendo señas á su mujer, que quiere detenerle.)

ESCENA III.

MATILDE y TERESA.

MATILDE. Perdona, mi querida Teresa, pero desde que mi marido se ha hecho hombre de mérito se ha puesto insufrible. Antes, cuando no tenia genio, era un hombre racional... amable... ¡Maldita mania de escribir y figurar! Y luego si hubiera elegido otro género... pero se ha lanzado en el oscuro... en el género aleman, y cuando quiero comprenderle cojo unas jaquecas...

TERESA. Lo mismo sucede en casa... Antes tú sabes cómo nos divertiamos. ¡Qué reuniones tan agradables! Bailábamos en la sala grande; pero ahora no se puede dar un paso; tan llena está siempre de personajes graves. Y como los grandes hombres no bailan...

MATILDE. ¡Y abundan mas cada dia!

TERESA. ¡Pero cuántos hay! España debe ser un pais muy á propósito para producir...

MATILDE. Ya lo creo; y los que tú no conoces.

TERESA. Lo que es en casa yo no oigo decir todo el dia mas que: «Fulano, nuestro gran poeta.» «Zutano, nuestro gran actor.» «Mengano, nuestro gran músico.» ¡Qué afan de ser grandes! Y yo no puedo olvidar los tiempos de colegio en que era pequeña.

MATILDE. Cuando iba yo todos los domingos á sacarte de paseo...

TERESA. Y nos acompañaba Cárlos de Olivares.

MATILDE. ¡Ah! ¡cómo le recuerdas! ¿Hace ya mucho tiempo que no le ves?

TERESA. Mucho; ya no vá por casa. Mi madrastra no puede verle, y papá no recibe bien á las personas que no agradan á su mujer.

MATILDE. Es inconcebible. Cómo le domina... No me explico cómo ha podido verificarse semejante matrimonio.

TERESA. Yo tengo la cnlpa. Ya sabes que en el colegio, como no podia pagar su pension y tenia mas edad que todas, hacia de subdirectora. Ella me acompañaba siempre y me protegia.

MATILDE. ¡Como eras la mas rica!

TERESA. Yo llegué á cobrarla cariño, y siempre que papá iba á verme, le hacia mil elogios de ella. Papá se empeñó en conocerla y desde el primer dia salió encantado de su amabilidad, de sus atenciones y de su falsa dulzura.

MATILDE. Comprendo; desde que te conoció pensó ser marquesa.

TERESA. Y lo consiguió bien pronto. Papá dispuso que me acompañara á tomar baños, y á nuestra vuelta la subdirectora del colegio, la humilde Aurelia, cuyos parientes guardan todavia ganados, ó destripan terrones en Ávila, se convirtió en marquesa y senadora.

MATILDE. ¡Ambiciosa!

TERESA. Posee el instinto y el genio de la intriga. Nuestra casa ha llegado á ser un centro de conspiracion. Allí se fraguan las reputaciones. Se escriben casi todas las noticias y artículos que salen en un periódico que se llama no sé cómo... ¡Oh! con su proteccion se llega á todo! No hay nada que resista á su poder.

MATILDE. Ahora me explico los elogios de mi marido... su entusiasmo...

TERESA. ¡Y desgraciados de sus enemigos! ¡Los persigue sin descanso, los desacredita! Ya sabes el pleito que sosteniamos sobre los cuantiosos bienes de mi mamá; pues bien, gracias al talento de Cárlos Olivares, le hemos ganado. Hoy ha estado en casa; yo he querido verle para darle las gracias y Aurelia se ha opuesto tenazmente.

MATILDE. ¿Y por qué?

TERESA. Porque no puede ver al pobre Cárlos; le odia y no pierde ocasion para hablar mal de él!

MATILDE. Eso me sorprende, porque en el colegio, adonde Cárlos iba con frecuencia á ver á su hermana, se decia que la subdirectora Aurelia estaba enamorada del jóven abogado.

TERESA. ¡Vaya una idea! (Vivamente.) Eso no puede ser.

MATILDE. Si, hija mia: tú eras demasiado niña para apreciar...

TERESA. ¿Pues cómo le hace la guerra ahora? Tú no puedes figurarte lo que ha trabajado con papá para quitarle el pleito. Ha sido preciso que yo llore y rabie... ¿y á quién diras que se le queria confiar?

MATILDE. ¿Á quién?

TERESA. Á ese tonto de Fernandez, ese abogado que escribe poesias fúnebres.

MATILDE. Si; el buho de los camposantos.

TERESA. Le protege mucho...

MATILDE. ¿Y por qué?

TERESA. Porque es su primo. (Con misterio.) Y ademas porque forma parte de la tertulia, de esa asociacion que la obedece ciegamente y que sigue en todo sus impulsos. Porque Aurelia, como dispone de papá y tiene tanta influencia en los ministerios y en algunos periódicos, ha llegado á ser una potencia en cuyo derredor se agrupan multitud de personajes políticos y literarios. Ella es el alma y la vida de esa pleyada de ilustraciones caseras, jóvenes serios que llevan la cabeza alta y ahuecan la voz... aprendices de grandes hombres, celebridades supernumerarias, que por sí solos no pueden nada, pero que juntos, con la sociedad de elogios mútuos que han formado, consiguen cuanto quieren.

MATILDE. ¡Qué horror! Una tertulia asi, es una calamidad nacional.

CRIADO. ¡El señor don Cárlos de Olivares!

TERESA. ¡Oh! vendrá á decirte su triunfo. (Con emocion.)

MATILDE. Que pase en seguida. (Váse el Criado y sale Cárlos.)

ESCENA IV.

DICHAS, CÁRLOS.

MATILDE. Bien venido el vencedor, el ilustre abogado.... aqui hay dos amigas que desean darle la enhorabuena.

CARLOS. Por Dios, no me avergüence usted. ¡Ah! ¡Teresa, aqui tambien!

TERESA. Perdone usted, Cárlos, si no he entrado en el despacho de papá á dar á usted las gracias. Mamá se ha opuesto á ello.

CARLOS. Lo he supuesto asi. La señora Marquesa se ha olvida-

do ya del oscuro hermano de una de sus discípulas.

TERESA. Nosotras en cambio le tenemos siempre presente.

CARLOS. Tambien yo me he acordado mil veces de usted y de Matilde. El jueves durante mi informe me decia á mí mismo: «Dichoso pleito que me proporciona la ocasion de pronunciar su nombre, de ocuparme de ella.»

TERESA. Me han dicho que estuvo usted elocuente.

CARLOS. Hablaba en defensa de usted y de la justicia.

MATILDE. No sea usted tan modesto con quienes se interesan tanto en su porvenir.

CARLOS. ¡Mi porvenir! No puede ser mas triste. Abogado oscuro y sin fortuna...

MATILDE. ¿Qué falta hace cuando se tiene talento?

CARLOS. ¿Y quién dice que yo lo tenga?

TERESA. Nosotras que le conocemos á usted, que tenemos confianza en su mérito. Hoy lo decimos nosotras y mañana lo confesará todo el mundo.

MATILDE. Constancia y valor, y usted llegará.

TERESA. Usted verá poco á poco aumentarse su reputacion y su clientela.

MATILDE. Y entonces todos se disputarán su amistad.

TERESA. Pero usted no olvidará que nosotras hemos sido sus primeras y sus mejores amigas.

CARLOS. ¡Ah! todo me parece fácil y posible mientras las escucho á ustedes. Pero cuando salgo de aqui, cuando estoy solo y miro en derredor mio, no veo mas que obstáculos y dificultades que no puedo vencer y que se multiplican bajo mis pasos. Parece como que una barrera invisible me cierra el camino. Cualquiera diria que un poder infernal, alejando el objeto de mis esperanzas, murmura á mi oido sin cesar: «Tú morirás sin conseguirlo.»

MATILDE. ¡Qué idea!

TERESA. Su carácter meláncolico le hace exagerar. ¿Ahora mismo, no acaba usted de obtener un triunfo?

MATILDE. Ya ha dado usted el primer paso.

TERESA. Es preciso seguir. Sacuda esa timidez... esa modestia que le perjudica...

MATILDE. Tiene razon Teresa.

CARLOS. ¿Pero qué he de hacer, amigas mias?

TERESA. Atreverse. En estos momentos se vá á verificar una eleccion de diputado en Valdemoro.

CARLOS. ¿Cómo? (Con sorpresa.)
MATILDE. Es verdad, mi marido me lo ha dicho esta mañana.
TERESA. ¿No tiene usted allí sus propiedades? ¿No se ha criado usted allí? En esos pueblos le conoce á usted todo el mundo y sabe lo que vale.
CARLOS. Pero ¿qué es lo que usted dice? ¡Yo presentarme diputado!
TERESA. ¿Y por qué no?
CARLOS. Semejante ambicion exige grandes talentos.
MATILDE. Usted asiste poco á las Cámaras...
CARLOS. Cuando habla algun orador eminente.
MATILDE. Ya se conoce.
CARLOS. Y luego, ¿qué títulos presento yo á los electores?
TERESA. ¿No es usted abogado?
MATILDE. Muchos escrúpulos tiene usted para hombre político.
TERESA. Este último pleito le ha puesto á usted en evidencia.
MATILDE. Tal vez los periódicos se ocupen de usted con elogio.
TERESA. ¿No conoce usted á algun gacetillero? Ellos son hoy la base de las reputaciones.
MATILDE. Aqui tenemos varios papeles. Vamos á gozar en su triunfo de usted. Que Teresa los recorra.
TERESA. (Ojeando con ansiedad.) En la gacetilla debe de estar.
MATILDE. Pero ¿está usted temblando? (Á Cárlos, que mira á Teresa temblando.)
CARLOS. Me causa rubor...
MATILDE. ¡Jesus! Y dicen que hay quien escribe sus propias alabanzas. Tome usted este, que es el predilecto de mi marido. (Le dá un periódico.)
CARLOS. (Tirando el periódico.) ¡Ah!! ¡Esto es indigno! La mano oculta de siempre. ¡Este último golpe me faltaba!
TERESA. Pero ¿qué es ello? (Coge el periódico y lee á media voz.) «Hace pocos dias se verificó la vista del famoso pleito que »contra el ilustre Marqués de la Templanza sostiene »temerariamente una casa de Barcelona. La sentencia »ha sido favorable al Marqués, como era de esperar; »pero este resultado se debe únicamente á la justicia »que le asiste, porque de la defensa ha estado encar»gado un abogado oscuro y sin antecedentes. Todo el »mundo ha extrañado que el ilustre Marqués, por deli»cadeza sin duda, no haya confiado tan vasto negocio »al jóven jurisconsulto don Bernardo Fernandez, fu»tura gloria del foro español, y con quien le unen lazos

»de amistad y de parentesco.»

TERESA. Á Fernandez, al primo de Aurelia!

MATILDE. ¡Al poeta fúnebre, al imbécil cantor de los cementerios!

CARLOS. Cuando yo se lo decia á ustedes... todos mis esfuerzos son inútiles; todo conspira contra mí... Renuncio á todo.

TERESA. Ahora es cuando debia usted poner mas empeño en entrar en el Parlamento. Allí el talento se abre paso á despecho de las intrigas. La tribuna pública es el único puesto que no pueden asaltar los tontos.

CARLOS. No, no: jamás. Yo agradezco á ustedes en el alma su amistad y sus consejos, pero he tomado ya mi partido. Me siento sin fuerzas... sin valor para aspirar á cargo tan elevado... ¿dónde tengo yo medios... relaciones... amigos?...

MATILDE. Que le presente á usted el gobierno...

CARLOS. ¿Yo ministerial? Nunca.

TERESA. ¿Prefiere usted vivir ignorado?

CARLOS. Y morir si es preciso.

CRIADO. (Entrando por el foro.) El coche ha venido á buscar á la señorita.

TERESA. ¡Ah! mi madrastra me llama. (Vá á tomar su abrigo y sombrero. Matilde la ayuda, y acercándose á Cárlos y con gran interés le dice.) ¿Con que no quiere usted escucharnos ni ser diputado?

CARLOS. ¿Y para qué?

TERESA. Para muchas cosas. Papá decia ayer que él casaria á su hija con un diputado.

CARLOS. ¡Cielos!

TERESA. Adios, mi querida Matilde. Gracias por tu trabajo, hasta luego. (Sale vivamente. Matilde la acompaña hasta el foro, mientras Cárlos dice inmóvil de sorpresa.)

ESCENA V.

MATILDE CÁRLOS.

CARLOS. ¡Diputado! Si yo soy diputado puedo aspirar á su mano, yo que jamás me he atrevido á decirla que la adoro... ¡Ella lo ha adivinado, ha leido en mi corazon!

MATILDE. ¿Conque se empeña usted en ser desgraciado?

CARLOS. ¡Ah! ¡soy el mas feliz de los hombres!

MATILDE. ¿Qué es lo que usted habla? ¿Pues no queria usted hasta morir hace un instante?

CARLOS. Hace un momento era un extravagante, un insensato que no escuchaba nada... pero he recobrado la razon, y ahora quiero...

MATILDE. ¿Qué?

CARLOS. Ser diputado.

MATILDE. ¡Es posible!

CARLOS. Y lo seré: es mi único objeto, mi sola esperanza.

MATILDE. ¿Pero no dice usted que carece?...

CARLOS. He cambiado de pensamiento, es menester que sea diputado; no sé cómo, me es igual, cueste lo que cueste. Yo he de entrar en el Congreso, si no puedo por las puertas, por las ventanas. Ó muero, ó soy diputado.

MATILDE. ¡Y buen diputado á lo que veo!

CARLOS. ¿Por qué?

MATILDE. Por la facilidad con que muda usted de opinion.

CARLOS. Es que usted no sabe, no puede saber... ¡Ah! aconséjeme usted. Dígame usted qué he de hacer. Á qué personas me dirijo. Yo no conozco á nadie.

MATILDE. Vaya usted á ver al señor Marqués de la Templanza.

CARLOS. Amigo fué de mi difunto padre y á él le debió su eleccion por Ávila, principio de su fortuna: pero desde que se ha convertido en gran señor...

MATILDE. Yo le he oido hablar bien de usted.

CARLOS. Si: pero desde su matrimonio hay alguien en su casa que me aborrece y á quien yo no he ocultado mi desprecio.

MATILDE. ¡Cielos! ¿Qué ha hecho usted?

CARLOS. Lo que debia. ¿Hay nada mas despreciable que una mujer que por interés ó por ambicion seduce á un anciano y se casa con él sin amarle?

MATILDE. Calle usted por Dios, que puede entrar.

CARLOS. Lo que es por ese lado, ni quiero, ni debo esperar nada.

MATILDE. Hable usted á mi marido. En Getafe tenemos fincas en arrendamiento y colonos de quienes disponer.

CARLOS. ¡Yo! ¿Solicitar su apoyo? ¿Mendigar sus votos?

MATILDE. Pues no espere usted que venga nadie á ofrecérselos.

CARLOS. Su marido de usted tiene contra mí prevenciones que no me puedo explicar...

MATILDE. Es verdad, he observado que no merece usted sus simpatias.

CARLOS. Nadie me quiere. (Con tristeza.)

MATILDE. ¡Ingrato! Vamos, ya que usted se resiste á hablar á mi marido, ¿quiere usted que yo me encargue de hacerlo?

CARLOS. ¿Usted?

MATILDE. Esto me costará una disputa... dos tal vez. Pero es menester hacer algo por los amigos, y yo respondo de que cederá.

CARLOS. No, no... protegido por usted... ¿qué se diria? Que por medio de las mujeres habia llegado... ¡Imposible!

MATILDE. Amigo mio, ¿de dónde sale usted? ¿de algun colegio de señoritas? (Mirando hácia el foro.) Ahí tiene usted á mi marido... háblele usted si se atreve...

CARLOS. ¡Si usted supiera lo que me cuesta!...

MATILDE. Acuérdese usted de Teresa.

CARLOS. ¡Oh! solo eso me dará valor...

MATILDE. ¡Pobre Cárlos! es un hombre inverosímil en estos tiempos de osadia. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

CARLOS, SALAZAR, que avanza muy preocupado, sin reparar en Cárlos.

SALAZAR. Si logro ser diputado... En la oposicion se obtiene siempre mas. Sin embargo, dudo que Gonzalez me ayude.

CARLOS. ¿Señor de Salazar? (Acercándose.)

SALAZAR. ¡Ah! ¿es usted?... (Con sequedad.) ¿Viene usted á ver á Matilde?

CARLOS. No señor, á usted.

SALAZAR. ¿Y á qué debo el honor?...

CARLOS. Un asunto de gran interés... El distrito de Valdemoro se halla vacante...

SALAZAR. Si, eso he oido... yo no me mezclo en política. (Con frialdad.)

CARLOS. Yo pago contribucion en varios puntos...

SALAZAR. ¡Ah! es usted elector... y desea saber... (Con amabilidad.)

CARLOS. Es natural... la influencia que usted tiene... Su nombre tan conocido...

SALAZAR. ¡Ya! viene usted en representacion de sus dignísimos

paisanos. (Amable.)

CARLOS. ¡Cómo!

SALAZAR. Los electores le han comisionado...

CARLOS. No, señor, vengo por mí mismo.

SALAZAR. (Dándole la mano.) Agradezco á usted ese interés... y no sé, mi querido Cárlos, cómo decirle... es cierto que muchos amigos... que la mayoria del colegio electoral... se ha empeñado en que me presente... pero yo no soy hombre político... mi posicion de escritor filosófico... ¡Oh! es un sacrificio el que de mí exigen...

CARLOS. ¿Pero usted cree?... (Con asombro.)

SALAZAR. ¿Se sorprende usted de que yo crea posible rehusar un honor? Ya sé que debo mi tranquilidad á mi patria, y que el gobierno y las oposiciones me rogarán... ¡Oh! no me apure usted de ese modo. (Con dulzura.)

CARLOS. Pero si no es de usted de quien se trata.

SALAZAR. ¡Hum! Que no se trata... ¿Pues de quién?

CARLOS. De mí.

SALAZAR. ¿De usted? (Con aire de superioridad.) ¡Ah! Yo ignoraba... Pero conociendo mis principios ¿cómo se atreve usted á pedir mi voto?

CARLOS. Usted es quien conociendo mis opiniones se ha anticipado á recibir el mio.

SALAZAR. Mis convicciones me aconsejan...

CARLOS. Recibir el apoyo de un liberal, pero no prestársele.

SALAZAR. En fin, sentiré que usted se lance á la lucha. La derrota es segura.

CARLOS. ¿Por qué?

SALAZAR. La prensa ha formado en estos dias de usted un juicio poco favorable.

CARLOS. ¡La prensa! El periódico que usted lee...

SALAZAR. Yo no tengo mas opinion que la suya.

CARLOS. Es decir, ¿que usted espera todos los dias á que le sirvan su opinion por debajo de la puerta?...

SALAZAR. Caballero... Yo soy independiente.

CARLOS. ¡Independiente! ¿Y ha entregado usted su conciencia á la redaccion de un periódico?

SALAZAR. ¡Basta! Despues del giro peligroso que nuestra conversacion ha tomado, no me es posible continuar. (Levantándose y retirándose por la izquierda.) ¡Yo soy una persona independiente!

CARLOS. Ya lo veo. (Con cólera.)

ESCENA VII.

CARLOS, solo.

¡Ah! Yo tengo la culpa de lo que me sucede... Si no me hubiese humillado hasta mendigar su proteccion... ¡Oh! si á este precio se consiguen los honores, las posiciones... ¡Prefiero mi vida oscura y miserable... Renuncio á todas mis esperanzas! (Tcma el sombrero y se dirigo al foro.)

ESCENA VIII.

CARLOS, BERNARDO.

BERN. ¡Cárlos! ¡Já, já! (Riéndose.) ¿Adónde vas de ese modo?
CARLOS. ¡Bernardo! ¡mi condiscípulo!
BERN. El mismo. ¡Já! ¡já!
CARLOS. (Tan imbécil como siempre.)
BERN. Chico, ya he sabido el fiasco que has hecho en tu último informe. Ne te apures por eso... Cómo ha de ser...
CARLOS. ¿Quién te ha dicho?
BERN. Mi periódico! Yo no tengo mas opinion que la suya. Otro dia lo harás mejor.
CARLOS. (¡Y que yo escuche con paciencia!)
BERN. ¡Já, já! Se me figura que has crecido... ¿Qué ha sido de tí desde que no nos vemos? Vá para seis años.
CARLOS. Hace poco que he abierto mi bufete en la córte.
BERN. Yo esperaba haberte visto alguna vez en casa de mi prima Aurelia.
CARLOS. Trabajo mucho... no tengo tiempo.
BERN. ¿Tú trabajas? ¡Já! ¡já! ¡Qué tonteria! ¿Y qué te trae á casa del señor de Salazar? Vienes á consultarle... Es un sábio... un filósofo.
CARLOS. No: he venido á hablar de un asunto particular que me tiene desesperado...
BERN. ¿Cuestion de maravedises? Yo soy rico. Mi padre ha hecho un negocio grande con sus bueyes... Me envia cuanto le pido.—Conque si es dinero lo que necesitas... Entre amigos...
CARLOS. ¡Gracias! (Dándole la mano.) No es eso lo que me hace

falta.

BERN. ¿Qué es pues? Habla.

CARLOS. ¡Es muy difícil; casi imposible!

BERN. ¡Imposible! ¡Já! ¡já! Hay algo que lo sea? Yo lo consigo todo. Yo no sé cómo, pero todo se me viene á la mano.

CARLOS. ¿De veras?

FERN. Lo que oyes. Yo tengo una reputacion. No creas, soy un hombre distinguido... ¡Já! ¡já!

CARLOS. ¿En el foro?

FERN. No; he dejado los pleitos por otra ocupacion mas séria.

CARLOS. ¿Cuál?

BERN. ¿Qué, no sabes? He compuesto un libro de poesias.

CARLOS. ¿Tú?

BERN. Como todo el mundo. Me ocurrió la idea una mañana despues de almorzar.

CARLOS. ¿Algun poema sobre el jamon?

BERN. No, me he dedicado al género funerario. Mi libro se titula «El Catafalco.»

CARLOS. Un muchacho tan sano y tan gordo como tú haber elegido ese género...

BERN. ¡Qué quieres! no me han dejado otro mis amigos... Tú no los conoces? Todos son genios creadores... Me dijeron que creara algo y he creado el género cadavérico. ¡Já! ¡já! ¡Mi libro hace furor! Se vende mucho... Mira, aquí tienes seis ejemplares.—¿Pero tú no lees periódicos?

CARLOS. ¡Alguna vez, por desgracia!

BERN. Pues casi todos los dias dicen: «El jóven poeta Bernardo Fernandez, cuya imaginacion delirante le ha colocado al frente de la ilustre falange.» Mira, aqui tienes mi retrato y mis títulos. (Dándole un ejemplar.)

CARLOS. ¿Qué títulos?

BERN. Abogado del colegio, individuo de dos academias... Ahora me darán una cruz. Ya lo tengo arreglado.

CARLOS. ¿Con quién?

BERN. Con los nuestros. ¡Já¡ ¡já! ¡já! ¡Si supieras! Somos una docena de amigos que nos admiramos unos á otros.—Hemos formado una sociedad para la admiracion mútua... Cada uno pone lo que puede... unos su talento... otros su dinero... su parentesco... todo se compensa y

todo se alcanza.

CARLOS. ¡Pero eso es indigno!

BERN. ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Quieres entrar en la sociedad? Habrá uno mas. Por mas talento que tengas... como no haya quien te abra camino... Vamos, ¿qué deseas?

CARLOS. Nada... (Sombrio.)

BERN. Te lo digo de corazon. Ahora vamos á hacer á uno diputado.

CARLOS. Diputado! eso es lo que yo quiero ser. (Fuera de sí.)

BERN. Y lo serás. Yo te presentaré... Si son muchos los que nos deben su eleccion. Y buenos diputados, de estos que como no hablan, no se comprometen nunca.

CARLOS. ¿Pero es posible?

BERN. Hoy mismo tenemos aqui un almuerzo en que se vá á tratar de eso.

CARLOS. Salazar desea serlo y acabo de reñir con él.

BERN. No importa. Lo que yo propongo se acepta en seguida: ¿No ves que soy el primo de Aurelia, que es el alma de todo?

CARLOS. No, no me atrevo...

BERN. ¡Adelante! ¡fuera ese rubor! En cuanto yo te presente tendrás talento, genio, celebridad. Aqui van á venir todos. ¡Mira! ya está aqui el mas famoso, el médico Gonzalez. Déjame que le diga cuatro palabras al oido. (Se dirige á Gonzalez, que entra por el foro muy preocupado y avanza sin reparar en los dos.)

ESCENA IX.

DICHOS, GONZALEZ.

GONZ. ¡Imposible acceder á las pretensiones de Salazar! Aurelia tiene empeño en que su primo Bernardo sea el diputado y lo será. Es preciso obedecerla, á lo menos mientras disponga de su marido, y hoy por hoy es ella senador y consejero.

BERN. Mírale sumergido en sus profundas meditaciones... Es el genio de la cábala y de la intriga. Posee todos los secretos de mi prima y del Marqués.

GONZ. Nada, nada... cumpliremos la órden del dia. Trabajar por Bernardo y hundir á ese Cárlos de Olivares.

BERN. Vamos á interrumpirle... Amigo Gonzalez...

GONZ. ¡Oh! ¡mi querido Bernardo! ¡nuestro gran poeta!

(Saluda á Cárlos.)

BERN. Tengo el honor (Presenta á Cárlos.) de presentarte á un amigo de la infancia, un compañero de colegio á quien acabo de encontrar. (Ap. á Gonzalez.) (Es un abogado, un orador elocuente, quiere entrar en la sociedad.)

GONZ. ¿Este caballero es por ventura el jóven y brillante jurisconsulto á quien hace tiempo deseaba conocer?

BERN. El mismo. ¡Já! ¡já!

CARLOS. Agradezco á usted un deseo que no merezco...

GONZ. ¡Ah! los hombres del talento de usted se lo merecen todo.

CARLOS. Mi amigo Bernardo le habrá hablado á usted con exageracion.

GONZ. No ha tenido necesidad de ello. Una reputacion tan vasta, tan europea como la de usted, un hombre tan célebre. (Bajo á Bernardo.) (¿Cómo se llama?) (Viendo que Bernardo no le escucha entretenido con los libros.) (Me es igual... qué falta hace, usaremos frases forenses.) (Á Cárlos.) Caballero, usted ha reconciliado el foro español con la elocuencia moderna.

CARLOS. ¡Oh, por Dios! no diga usted...

GONZ. Esa pureza de la diccion, esa frase limpia, unida á la fuerza de las razonamientos y al vigor del estilo. ¡Oh! y lo que es muy raro entre los abogados... Una voz simpática y sonora y un gesto digno y nobilísimo.

CARLOS. ¿Pero usted me ha oido alguna vez?

GONZ. ¡Pues si tiene usted en mí á uno de sus mas entusiastas admiradores! (¿Cómo se llamará?)

CARLOS. ¿Es posible?

BERN. Ya ves que te conocia antes de que yo le hablara. (Bajo á Cárlos.)

GONZ. (¡Pobre muchacho! ¡Cómo ha creido!)

CARLOS. ¿Asistió usted á mi último informe?

GONZ. ¡Llegué un poco tarde; pero sin embargo á tiempo! ¡Qué final aquel! ¿Y el apóstrofe al contrario? ¡y el período en que al exponer usted las razones... magnífico!

CARLOS. ¡No sé cómo expresar á usted el consuelo!

GONZ. Salí entusiasmado y diciendo, yo necesito ser amigo de ese hombre, porque yo lo soy de todos nuestros grandes talentos, y gracias á mi querido Bernardo, tengo el placer de ver cumplidos mis deseos...

BERN. ¡Ya lo ves! ¡Qué amabilidad, qué franqueza!

CARLOS. ¡Es verdad! Pero no puedo explicarme...

BERN. Pues todos los demas son asi.

ESCENA X.

DICHOS, PERALTA, MAQUEDA, CARRASCOSA, BOMBONI.

GONZ. ¡Adelante, mis queridos amigos! ¿Cómo tan tarde tratándose de un almuerzo... que ha de fijar la suerte? Nuestro generoso anfitrion me ha encargado de recibiros, mientras él dá las últimas órdenes para sentarnos á la mesa.

PERALTA. Nuestro famoso doctor siempre tan lisonjero... (*Á Bernardo.*) (¿Quién es ese jóven que habla con él?)

BERN. Un nuevo compañero... Gonzalez, que le conoce mucho, os presentará á él. Yo voy á ver si han abierto las ostras. Doctor, vuelvo en seguida.

GONZ. (¿Qué torpeza irá á cometer ese imbécil?)

PERALTA. Un amigo del doctor Gonzalez debe serlo nuestro.

MAQ. Nosotros no formamos mas que uno... solo.

BOMBONI. Somos completamente solidarios.

CARLOS. Señores, yo tengo tan pocos títulos para figurar entre personas...

GONZ. No lo creais. ¡Pura modestia! Aqui, amigo mio, la hemos suprimido. Regla primera: cada cual se hace justicia á sí mismo y sabe lo que vale, y usted, mi jóven Ciceron, lo sabe tambien. Si, señores, uno de nuestros primeros abogados.

BOMBONI. ¿El señor es abogado?

PERALTA. Desde que Bernardo se hizo poeta nos hacia falta un abogado.

GONZ. ¡Y un abogado de las condiciones del señor!... (Y Bernardo que no viene!) (*Acercándose á Cárlos y presentándole á Peralta.*) El famoso Peralta, el editor que nos conduce á todos á la inmortalidad, marchando él á la cabeza.

PERALTA. ¡Mi querido Gonzalez!

GONZ. Es natural... aquel que conduce el carro llega antes que los otros, cochero de la fama. Inventor de papeles satinados, de márgenes de tres pulgadas y de anuncios de quince pies cuadrados... En estos momentos se ocupa en la confeccion de carteles de treinta varas,

verdaderas sábanas de la gloria. (Pasando cerca de Maqueda.) Maqueda, nuestro gran pintor, que ha inventado el paisaje romántico, genio poderoso, que no se humilla como los demas á imitar la naturaleza, sino que corrigiendo los defectos de la creacion, ofrece en sus cuadros una que no se encuentra en ninguna parte. (¡Y Bernardo sin parecer!) (Toma de la mano á Bomboni.) Bomboni, nuestro gran músico, gloria de Cangas de Tineo, destinado, como su apellido indica, á meter mucho ruido en el mundo. (Al ver á Bernardo.) ¡Eh, Bernardo! ven y me ayudarás á pasar revista á nuestras grandes ilustraciones.

BERN. ¡Já, já, já! ¡Qué frescas estan las ostras!

GONZ. (Mirando á todos lados.) ¿Pero dónde está nuestro eminente Carrascosa? (Carrascosa se presenta.) ¡Nuestro gran sabio silencioso... genio del monosílabo!... No ha pronunciado jamás una frase terminante... morirá sin pronunciarla... ¡Pero qué barba... qué aire... qué estatura!... (Todos rodean á Cárlos.)

BERN. ¡Pero qué veo! ¿Ya está hecho el conocimiento?

GONZ. ¡Si todos le conocian ya de nombre!

PERALTA. ¿Cómo se llama? (Á Maqueda.)

MAQ. No sé.

BOMBONI. ¡Sabeis su nombre! (Acercándose.)

PERALTA. No, pero debe ser un personage célebre; todo el mundo le conoce.

MAQ. Nos puede ser útil.

PERALTA. Ya tengo quien me defienda gratis en todos los pleitos que me ocasionan los autores.

MAQ. Espero que me permitirá usted sacar su retrato (Á Cárlos.) en fotografia. Hace tiempo que le esperan con impaciencia.

CARLOS. ¡Mi retrato!

BERN. Chico, no hay remedio, todos nosotros estamos retratados en mangas de camisa y sin corbata. *El deshabillé* del genio, asi se da uno á conocer, ayer me ví expuesto en un escaparate de una fonda. Junto á una cabeza de jabalí estaba la mia.

CARLOS. ¡Son demasiadas bondades!

PERALTA. ¿Me dará usted su primer discurso?

CARLOS. ¿Para qué?

PERALTA. Para hacer una tirada de seis mil ejemplares. Conque

me entregue usted su improvisacion la víspera, tendrá usted las pruebas á la salida de la audiencia.

BOMBONI. Anuncios en todos los diarios.

GONZ. Elogios en todos los salones.

PERALTA. Carteles en todas partes.

BERN. Ya lo ves; la gloria por seguro mútuo.

CARLOS. ¡Es singular!

GONZ. Estamos en un siglo especulador, de accionistas. Todo se consigue por empresas y sociedades. ¿Por qué no hemos de aplicar el mismo sistema á las reputaciones?

PERALTA. Dice bien el doctor.

GONZ. Nadie por sí solo puede elevarse; pero subidos los unos en los hombros de los otros, el último, por pequeño que sea, parece un grande hombre.

BERN. Por eso me gusta á mí ser el último.

GONZ. Hoy, por ejemplo vamos á tratar de un grave asunto, del que necesito deciros algunas palabras antes del almuerzo.

BERN. ¡Já! ¡já! ¡Ya me lo figuro!

GONZ. Se trata, amigos mios, de la diputacion de Valdemoro.

CARLOS. ¡Cielos! (Con emocion.) ¿Pero usted cree posible? (Á Gonzalez.)

GONZ. Todo depende de nosotros, y de la persona que designemos.

CARLOS. ¿De veras?

GONZ. Ese es el secreto de nuestra fuerza... Alianza ofensiva y defensiva. Vuestros enemigos son los nuestros.

MAQ. ¡Guerra hasta destruirlos!

GONZ. Y usted en cambio, si alguna vez se encuentra en el foro frente á frente de un abogado á quien yo deseo sentar la mano...

CARLOS. Caballero, eso me parece...

GONZ. Se trata de un abogadillo que se ha permitido contra la señora Marquesa de la Templanza, ciertas frases... un pedante... un desconocido... ¡un tal Cárlos Olivares!

CARLOS. ¡Ese abogado! (Con cólera.)

BERN. (Interponiéndose rápidamente y tapándole la boca.) (¡Calla! No sabian tu nombre... Un momento mas y serás diputado.) (Todos se vuelven hácia Salazar, que aparece por la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS, SALAZAR.

SALAZAR. Perdon, mis queridos amigos, por haberles hecho esperar; pero el deseo de verles servidos como se merecen...

GONZ. ¡Salud á nuestro sabio Lúculo!

TODOS. (Menos Cárlos.) ¡Salud!

SALAZAR. ¿Usted por aqui todavia? (Á Cárlos.)

GONZ. (¡Gracias que hay uno que le conoce!)

CARLOS. (Con energia y dignidad.) Si, señor; me he esperado á ruegos de mi amigo Bernardo, para conocer á las personas de qnienes espera usted su eleccion.

SALAZAR. Todos estos caballeros profesan mis opiniones, y por eso admito su apoyo.

CARLOS. No hable usted de opiniones...

GONZ. (Interponiéndose.) Señores, un momento. Una diferencia de principios políticos, á lo que observo, tiene indispuestos á nuestro gran filósofo y á nuestro jóven jurisconsulto. Que esa enemistad desaparezca antes del almuerzo. ¿Qué importan las diversas opiniones? Todos caben dentro de nuestra asociacion... Que cada cual milite en distinto partido, es conveniente y redunda en provecho de todos. Este caballero es liberal... Salazar absolutista. Peralta republicano, y yo ministerial de todo el mundo. Concurso admirable que hará que siempre triunfemos, y que no pueda romperse nunca esta alianza, que debe tener por base lo que hay de mas respetable en el mundo... nuestro interés personal. (Toma la mano de Salazar, y dirigiéndose á Cárlos dice:) Ahora la de usted.

CARLOS. ¡Nunca! (Dando un paso atrás.) despues de lo que acabo de ver y de escuchar. ¿Es decir que para ser vuestro amigo es preciso poner al servicio comun la honra y la conciencia? Yo no entrego nunca tales prendas, ni doy á nadie derecho á pedírmelas.

GONZ. ¡Un traidor entre nosotros!

PERALTA. ¡Un traidor á la amistad!!

CARLOS. ¡Á la amistad! No profanen ustedes tan sagrado nombre. La amistad solo existe por medio de nobles accio-

nes. Fuera de ella no hay mas que camarillas, cábalas, miserables conspiraciones, que el éxito corona alguna vez, pero á quienes el tiempo hace justicia. Si; quien se levanta por la intriga caerá por la intriga, porque los triunfos del talento son los únicos duraderos. En vano me cerrais el paso, personajes de gacetilla, fabricantes de reputaciones, mendigos de la gloria; yo pasaré por cima de vuestras maquinaciones, y vosotros volvereis á caer en la oscuridad para que habeis nacido. (Lanza una mirada provocadora á todos y sale por el foro.)

TODOS. ¡Já, já!

SALAZAR. ¡Hundido para siempre!

ESCENA XII.

MATILDE, que entra por el foro.

MATILDE. Yo le levantaré!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon ricamente amueblado en casa del Marqués. Puertas al fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, que sale por la izquierda.

Oir tales cosas y verme obligada á callar... ¡Oh! es un martirio para mí... Hace mas de una hora que mi madrastra está en el despacho de papá cantando las alabanzas de Bernardo... de ese imbécil de primo... Pero ¡qué alabanzas!... Se necesita descaro... No hay duda, se ha empeñado en que se siente en el Congreso... Pero ella se las ha compuesto de un modo que ahora parece que es papá quien tiene empeño en ello... ¡La táctica de siempre!... En cuanto consigue que papá adopte la idea que ella le inspira, empieza á combatirla para hacerle creer que es á él á quien le ha ocurrido... Á papá le gusta aparecer tan independiente... dentro de casa... ¡Qué mujer! Ahora escribirá al ministro y á los periódicos, y hará correr á sus amigos y removerá el cielo y la tierra... ¿Y todo para qué? Para que un tonto sea diputado... Como si hiciera falta... Y entre tanto mi pobre Cárlos será derrotado... Pero, señor, ¿por qué le hace mi madrastra la guerra de ese modo? Siempre que le vé se pone tan sombria... ¿Será verdad que en otro tiempo estuvo enamorada de él?...

Es un odio tan raro... Matilde por consolarme quiere hacerme creer que ha formado un vasto plan para desbaratar las intrigas de mi madrastra y conseguir el triunfo de Cárlos... ¡Imposible! ¡Dios mio! ¿á quién acudiré?... (Matilde aparece en el fondo.)

ESCENA II.

MATILDE, TERESA.

TERESA. ¡Ah! Matilde mia. (Corre á su encuentro.)
MATILDE. ¿Qué ocurre?
TERESA. Estoy muy afligida... desesperada...
MATILDE. Por eso vengo á consolarte.
TERESA. Será inútil que lo intentes...
MATILDE Vamos, no seas niña... Te advierto que voy á pasar en tu compañia hasta la noche...
TERESA. ¿De veras?
MATILDE. Si; mi marido me ha dejado sola... Acaba de salir para Valdemoro... donde tenemos algunas influencias electorales.
TERESA. ¿Tambien él piensa presentarse?
MATILDE. Ese era su deseo; pero ha tenido que ceder el campo al simpático Bernardo Fernandez.
TERESA. Todo el mundo trabaja por él... Un hombre que es la nulidad misma.
MATILDE. Tal vez por eso nadie le teme.
TERESA. ¿Y nuestro pobre Cárlos?
MATILDE. Me parece que puede perder toda esperanza.
TERESA. ¿Y me lo dices asi?... Ahora me explico la desesperacion con que pasó por debajo de mis balcones esta mañana.
MATILDE. No me sorprende. Herido por la injusticia y por la intriga... quién sabe de qué es capaz... No hace muchas horas me decia que nadie se interesaba por él... que la vida le pesaba como una carga insufrible.
VERESA. ¿De veras?
MATILDE. No te asustes .. Arrebatos de estilo sentimental á que son muy dados los abogados jóvenes... Pero lo que me ha indignado es la carta que acaba de escribirme...
TERESA. ¿Una carta? ¿Dónde la tienes?
MATILDE. Una persona distinguida... de talento... escribir estas

vulgaridades... ¡Toma!

TERESA. Trae. (Leyendo con ansiedad.) «Mi querida amiga; todos »mis esfuerzos son inútiles; mi paciencia se agota y »mi ánimo desfallece. Acabo de saber que la persona »que me arrebata la diputacion es... ¡Bernardo! ¡Qué »indignidad! Me siento sin valor para continuar luchan»do... Usted, que ha sido siempre mi protectora, será »tambien mi confidenta. Un amor sin esperanza causa »la desgracia de mi vida... Cuando usted reciba estas »líneas...» ¡Ah! (Dá un grito.)

MATILDE. Hija mia, (La coge de la mano.) ¿pero tú crees en cartas de ese género?...

TERESA. ¡Dios mio! yo quisiera escribirle... verle... (Azorada.)

MATILDE. ¡Calma! Y le verás ahora mismo.

TERESA. ¿Dónde?

MATILDE. Aqui. Le he mandado á llamar para echarle un sermon... Su resolucion es absurda... de mal tono... ¡Pues no faltaba mas! Si los amantes desgraciados dan en la flor de perder la paciencia y de atentar á su vida, ¿qué va á ser de las pobres mujeres?

TERESA. ¡Oh! no te burles de mí... ¿Es verdad lo que me dices?

MATILDE. Completamente.

TERESA. ¿Pero cómo ha de venir aqui?

MATILDE. Ese es mi secreto.

TERESA. Es que tú no sabes lo que te he ocultado hasta ahora... Tú no sabes que le amo desde niña; desde que iba al colegio á ver á su hermana y nos acompañaba á paseo. Ya entonces admiraba su franqueza, su rígida probidad, su talento, esa delicadeza que le ha obligado á encerrar en su corazon un amor que yo habia adivinado antes que él. Solo deseo decirle: mi fortuna y mi mano son tuyas.

MATILDE. Y se lo dirás, pero es menester que antes me obedezcas en todo.

TERESA. ¿Qué es preciso hacer?

MATILDE. Mira; ya que todo el mundo forma liga contra Cárlos, formemos nosotras una en su favor... Nadie sabe lo que pueden dos mujeres unidas; los hombres se rien de nosotras porque nunca nos hemos puesto de acuerdo. Conspiremos desde hoy en secreto por ese pobre jóven. El objeto no puede ser mas laudable, nuestra causa es justa y el cielo se pondrá de nuestra parte y las

mujeres tambien.

TERESA. ¡Oh! famoso apoyo.

MATILDE. ¿Y por qué? La conspiracion de las mujeres es mas temible que la de los hombres.

TERESA. ¡Calla por Dios! ¿Cómo es posible que nosotras podamos destruir todos los obstáculos que se oponen al triunfo de Cárlos? ¿Cómo hemos de conseguir nosotras hacerle diputado?

MATILDE. Si no por nosotras mismas por medio de las personas con quienes tenemos influencia. El ingenio suple al poder. En primer lugar, es preciso no decir una sola palabra á Cárlos de lo que pensamos. Su feroz independencia le haria rehusar nuestro apoyo.

TERESA. ¿Tú crees?...

MATILDE. Le conozco bien. De modo que la primera dificultad es un secreto.

TERESA. Si no hay mas que esa, te juro...

MATILDE. Nada de juramentos; ya no se estilan ni entre los conspiradores.... La segunda es una persona de travesura y de influencia á quien es preciso que tú con un poco de amabilidad y algo de coqueteria... atraigas á nuestro partido...

TERESA. ¿Quien?

MATILDE. El doctor Gonzalez, el amigo de la casa, el confidente de tu madrastra... Poco tienes que hacer, porque él anda siempre detrás de tí prodigándote toda clase de atenciones para que no te constipes, y solo para tí lleva su caja de glóbulos en el bolsillo.

TERESA. Si; ya lo he observado... pero debo decirte en confianza que me hace la córte.

MATILDE. ¿Á tí?

TERESA. No, á mí dote. Mi madrastra dicen que le ha ofrecido mi mano...

MATILDE. Malo entonces, porque él no querrá proteger á quien puede creer su rival.

TERESA. ¿Á quién nos dirigimos? ¿Qué medio empleamos? ¿Ves como todo es pura ilusion de tu buen deseo?

MATILDE ¡Ah! (*Saltando de alegria.*) Ya he encontrado mi recurso. ¿Pero cómo no me habrá ocurrido antes? ¡Bravo! Ya tenemos una mujer mas que nos ayude... una mujer extraordinaria...

TERESA ¡Una mujer!...

MATILDE. ¡Aurelia!
TERESA. ¡Mi madrastra!
MATILDE. La misma. Todo depende de ella, y es preciso ponerla á nuestro servicio.
TERESA. ¿Pero de qué modo?
MATILDE. Obligando á Cárlos á que se decida á estar con ella... un poco amable, un poco galante...
TERESA. ¡Cómo!
MATILDE. Á hacerla la córte si es preciso.
TERESA. ¡Imposible! Muy mal medio... muy malo... Cárlos no consentirá nunca, porque no la puede sufrir.
MATILDE. Ya lo sé.
TERESA. Y luego ella se indignará...
MATILDE. No tanto... Yo recuerdo que en el colegio estaba muerta por él, y esos primeros amores no se olvidan nunca... Yo la he visto despues mirar de un modo á Cárlos... Tú no sabes lo que es una pasion contrariada... Ese mismo desden con que él la trata... Su amor propio... En fin, yo tengo mi plan...
TERESA. ¿Qué vas á hacer? Eso es indigno...
MATILDE. En política y en amor, el que vence tiene razon. Déjame á mí de escrúpulos... Y ademas, ni Cárlos ni tú sois responsables... Ahora mismo voy á tener con ella una entrevista arriesgada... temeraria, porque no es fácil engañar á Aurelia; pero ella vive tan confiada en su poder... se cree con tanto talento y concede tan poco á las demas... Y por último, ¿qué pierdo con intentarlo?
TERESA. Te vas á hacer con una enemiga...
MATILDE. Eso ya lo es... y si triunfo aseguro la fortuna de un amigo, su felicidad... y la tuya, mi querida Teresa.
TERESA. ¡Matilde mia! (La abraza.)
MATILDE. Cállate. Ya está ahí... Qué aire tan grave... tan preocupado...
TERESA. El de siempre.
MATILDE. El que cuadra á las mujeres que son hombres de estado. Vete y déjanos solas. (Váse Teresa por la izquierda.)

ESCENA III.

MATILDE, AURELIA.

Aurelia entra pensativa y se sienta en un sillon que habrá á la derecha.

AURELIA. Gonzalez ha sido por fin nombrado del consejo de sanidad... ya debe saberlo; pero el ministro me ha dicho que le faltan cuatro votos para que pase la ley... cuatro votos. Si yo pudiera conseguirlos, creceria mi influencia... Bernardo será elegido... Qué trabajo me cuesta combatir á Cárlos, anonadarle... pero es preciso... Cuando yo era pobre, amaba á ese hombre, y él me despreció... ¡Si yo me hubiera casado con él no seria marquesa; pero seria feliz!...

MATILDE. (Á riesgo de interrumpir al hombre de estado en sus meditaciones... voy á hablarla.) (Se acerca.)

AURELIA. Señora. (Reparando en ella.)

MATILDE. Mi querida Aurelia... (Se abrazan y besan.) (No la puedo ver.)

AURELIA. (Á qué debo la fortuna?... El señor de Salazar nos honra con frecuencia... pero usted se hace desear de un modo... Hace tanto tiempo que no nos vemos.

MATILDE. Si; efectivamente. En el colegio nos veiamos mas á menudo.

AURELIA. (¡No puede hablar sin herir! ¡Qué mujer!)

MATILDE. Los tiempos han cambiado tanto...

AURELIA. ¿En qué?

MATILDE. Entonces era usted la superiora... por su saber... (Con ironia.)

AURELIA. Y hoy lo soy por mi clase. No veo que el cambio haya sido tan grande.

MATILDE. (¡Qué insolente!)

AURELIA. (Con falsa amabilidad.) Si alguien ha cambiado aqui es usted, que no profesa á la marquesa el cariño con que distinguia á su antigua amiga...

MATILDE. (¡Trata de protegerme!) ¡Oh! no diga usted eso...

AURELIA. Aunque haya dejado de verla, yo no he olvidado nunca... á aquella Matilde tan viva... tan franca...

MATILDE. Tan simple querrá usted decir... porque ahora como entonces tengo necesidad de sus lecciones... y si us-

ted siguiera dándolas yo vendria á recibirlas con sumo placer...

AURELIA. (No puede perdonarme el marquesado.)

MATILDE. Ahora, como entonces, yo admiro en usted ese tacto prodigioso que jamás la abandona... ese golpe de vista pronto y seguro, con que adivina los pensamientos... Yo no tengo ni esa imaginacion... ni ese talento... Pobre de mí, solo caigo al dia siguiente en lo que debia haber dicho la víspera... mientras usted es siempre la mujer del dia... del momento.

AURELIA. (Sonriendo.) ¡Oh, mi querida Matilde! no me lisonjee usted de ese modo... ¿En qué puedo servirla?

MATILDE. Ya lo adivinó usted... Hé aqui el golpe de vista de que yo hablaba.

AURELIA. Diga usted pronto lo que desea... ¿Viene usted de parte de su marido?

MATILDE. No; ignora completamente mi pretension...

AURELIA. ¡Ah! viene usted por sí misma...

MATILDE. Menos todavia...

AURELIA. ¿De quién se trata entonces?

MATILDE. ¡Ah! eso es lo difícil de decir. . Yo no sé si me atreveré... tengo miedo de disgustar á usted.

AURELIA. ¿Á mí?

MATILDE. Está visto; soy la mujer de peor tacto... Creo que he elegido un momento poco oportuno... y asi, lo mejor, bien pensado, será no hablar á usted de un asunto...

AURELIA. ¡Qué locura!... esa falta de confianza me ofende.

MATILDE. ¿Y si la incomodo á usted... si mi pretension llega á parecerle... absurda... inconveniente?...

AURELIA. Entre antiguas amigas como nosotras... no hay nada que no deba decirse.

MATILDE. Es que justamente tengo que hablarla de un antiguo amigo... Y no se trata ya de su felicidad ó de su fortuna... sino de su vida.

AURELIA. ¡De su vida! ¿Quién es pues?

MATILDE. Cárlos de Olivares.

AURELIA. ¡Cárlos! (Con turbacion y tratando de reponerse.)

MATILDE. (¡No me he engañado... le amaba!)

AURELIA. ¿Pero su vida está en peligro?

MATILDE. Lo que usted oye. Y yo, que no soy para él mas que una amiga... una hermana, lo sé... mientras usted, á quien él ama, á quien siempre ha amado, lo ignora.

AURELIA. ¡Yo! (Turbada.)

MATILDE. (¡Vamos, le ama todavia!)

AURELIA. Por Dios, Matilde; ni usted misma cree lo que me dice... Esas suposiciones son absurdas... Cárlos, que hace un año que parece huir de mí... que en mi misma presencia me manifiesta por medio de sus miradas toda su aversion...

MATILDE. ¿Y qué significa eso? Será menester que yo que no tengo el talento de usted la enseñe lo que pueden en un jóven enamorado, el amor propio herido, el despecho y los celos que hace un año despedazan su corazon. Si, Aurelia, porque desde que se verificó su camiento de usted: ¿cómo quiere que no la odie, que no la deteste? Él la adoraba á usted, y usted por conveniencia, por ambicion tal vez, se ha casado con otro. Pero perdone usted si me atrevo á tomar la defensa de un hombre que demasiado altivo para quejarse, al perder todas sus ilusiones y esperanzas, ha resuelto poner fin á sus tormentos y á sus dias. Usted conoce su letra; tome usted y lea. (Aurelia toma la carta y la lee muy conmovida.)

AURELIA. «Un amor sin esperanza causa la desgracia de mi vida. »Resuelto á poner fin...» ¡Dios mio! ¡Esto es increible! ¿con que me amaba sin decírmelo?

MATILDE. Él. Ni se lo dirá á usted jamás. Morirá antes que confesarlo. En esa parte puede usted estar tranquila.

AURELIA. No importa; (Da la mano á Matilde.) siento mucho que me haya usted dado á conocer esta carta.

MATILDE. ¿Y qué queria usted que hubiera hecho? ¿Haberle dejado morir? Mi deber era dar un paso que él ignora y que ignorará siempre, un paso que puede salvarle todavia. Dentro de una hora acaso sea tarde.

AURELIA. ¿De veras? Yo conozco su carácter sombrio, melancólico; pero es posible que la resolucion que su carta anuncia...

MATILDE. Y tan posible, un amor como el suyo...

AURELIA. Pero por grande que sea el deseo que yo tenga de salvarle, no está en mi mano hacerlo. Usted, amiga mia, es quien puede volverle á la razon, porque yo no debo verle ni hablarle...

MATILDE. Quién lo duda. Yo respeto la severidad de principios que á usted distingue; pero á lo menos que ese pobre

jóven no se crea víctima del odio de usted, porque lo que le ha dado el golpe de gracia, lo que le ha traido al último extremo, es la certidumbre de que usted es su mayor enemiga.

AURELIA. ¡Yo!

MATILDE. Por todas partes la encuentra á usted como un obstáculo interpuesto en su camino. ¿Y eso es justo? Que la misma mujer á quien adora sea quien le persiga.. y le anonade? Si por el contrario recibiera de repente una prueba de que usted dejaba de ser su enemiga... ¡ah! esta sola idea le volveria á la vida, á la felicidad, y usted habria salvado sus dias sin faltar á su deber.

AURELIA. ¿Usted cree que eso bastaria?...

MATILDE. Hoy, por ejemplo, como usted ha visto en su carta, tiene puestas todas sus esperanzas en ser diputado; su ambicion, su porvenir, depende de eso, y usted le ha colocado enfrente á un hombre que es primo de usted; pero por el cual no puede usted tener un gran interés; un hombre que no cuenta con mas medios que el apoyo de usted. Y si un rival semejante le vence, Cárlos recibirá el golpe de muerte, y usted será quien se le habrá dado.

AURELIA. No, no; Matilde... es verdad; la justicia antes que todo.

MATILDE. Antes que los primos.

AURELIA. Y yo respondo (Con inquietud.) que si fuera tiemo todavia... Lo veré... Si yo estuviera segura de que mi influencia... En fin, lo intentaré á lo menos...

MATILDE. Es todo lo que yo deseo.

CRIADO. El señor de Gonzalez.

ESCENA VI.

MATILDE, AURELIA, GONZALEZ.

GONZ. Acabo de recibir mi nombramiento... Ya pertenezco al Consejo de Sanidad, gracias á usted, mi ángel tutelar. Pero en muestra de mi gratitud, debo decirla que en este momento vengo de Valdemoro.

AURELIA y MATILDE. ¿Y bien? (Vivamente. Gonzalez mira á Matilde con inquietud.)

AURELIA. Puede usted hablar delante de ella, doctor. (Comprendiéndolo.)

MATILDE. ¡Ah!... si... pertenezco ya á la hermandad.

GONZ. Pues bien, señoras, la eleccion marcha á las mil maravillas.

AURELIA. ¿Y cómo?

GONZ. Salimos ahora de la reunion preparatoria para la constitucion de la mesa, en la que he tenido el honor de desempeñar el primer papel. Bernardo ha hablado á los electores, y su improvisacion ha producido el mejor efecto, salvos dos ó tres párrafos, en que le ha faltado la memoria. El discurso ha sido bueno; nuestro amigo Salazar le ha compuesto, y mañana le haremos aparecer en los periódicos con notas imparciales puestas por mí y con los paréntesis de... «aplausos generales. Frenéticos aplausos. Sensacion universal.»

AURELIA. Es decir, que toda la reunion se ha declarado por él?

GONZ. Al principio solo contabamos con una tercera parte compuesta de nuestros amigos, de los colonos del marido de esta señora, á quien presentamos por otro distrito, y de algunos intrusos sin voto. El resto permanecia dispuesto á hacer la oposicion. Entonces es cuando yo apelé á mi gran recurso. Pido la palabra y ataco violentamente á Bernardo, á nombre de la mayoria.

AURELIA. ¿Pero es posible?

GONZ. Grito con todos mil pulmones. «Caballero, yo no me oculto y combato su candidatura, porque la creo funesta por estas y las otras razones.» Pero Bernardo se levanta y pronuncia entonces...

AURELIA. ¿Qué?

GONZ. Una elocuente réplica preparada por mí... ¡Oh! ha estado admirable... contundente... ha rebatido todos mis argumentos y yo he tenido que confesarme confundido... anonadado... Los amigos han exclamado con la mayor audacia. «Ya lo veis; hasta sus mismos enemigos le dan la razon y le hacen justicia.» Este último golpe de teatro hábilmente preparado, ha seducido á los cándidos... á los inocentes... á ese excelente rebaño que forma las mayorias, y que aplaude tantas veces al lobo que ha de devorarle. Hé aqui mi obra.

MATILDE. ¿Con que nombrarán á Bernardo?

GONZ. Yo no respondo mas que de una seccion, de la seccion de Valdemoro. Ahora falta que el señor Marqués pre-

sente á su primo en el segundo colegio, donde su influencia es poderosa, y que ademas le recomiende un poco el gobierno. Esto siempre es decisivo. ¡Ah! (Mirando á la derecha.) ¡qué veo! El señor Marqués viene ya dispuesto á salir.

ESCENA V.

DICHOS, el MARQUÉS.

MARQUÉS. Si, mi buen doctor, no espero mas que á Bernardo para acompañarle al distrito.

MATILDE. (Por Dios, que no vaya.) (Á Aurelia.)

AURELIA. (Si yo misma soy quien le he hecho vestirse para ir. ¿Qué hago?) (Á Matilde.)

MATILDE. (Lo que á usted le ocurra... Háblele usted mal de Bernardo.)

AURELIA. (Si desde esta mañana le estoy haciendo su elogio.)

MATILDE. (No hay remedio... Pobre Cárlos.)

AURELIA. (Haré lo que usted me dice. Cabalmente el sujeto se presenta... ¡Imposible! Ya está aqui...) (Bajo á Matilde.)

ESCENA VI.

DICHOS, BERNARDO.

MATILDE. (¡Hum! entra cuando iba á hablar mal de él... Que hombre mas importuno.)

BERN. Vengo, mi querida prima, á darte cuenta del triunfo que he obtenido. ¡Já! ¡já!

AURELIA. ¡Ya lo sabemos por Gonzalez!

BERN. Que me ha ayudado mucho... lo mismo que Salazar y los amigos. Y ademas, (Á Gonzalez.) yo he hablado bien. ¿No es verdad? He hablado mucho.

MATILDE. El tiempo es lo menos.

MARQUES. ¡Oh! no, señora, eso sirve de mucho. En la Cámara tenemos oradores que ocupan toda la sesion y no encuentran quien se atreva á contestarlos...

GONZ. Por temor á la réplica. Se comprende.

BERN. El primer colegio es nuestro: ahora falta, prima mia, que el señor Marqués me presente á los electores de la segunda seccion.

MARQUES. Estoy á tus órdenes, querido Bernardo.

MATILDE. Hace mucho frio... Un viaje á estas horas puede hacerle á usted daño. Yo no sé cómo Aurelia le deja á usted salir.

GONZ. Al contrario, señora... el aire... el ejercicio... es loque le hace falta.

AURELIA. Ciertamente, el dia está hermoso... templado... (Bajo á Matilde.) (Yo le respondo á usted de que no saldrá.) (El Marqués llama.)

MATILDE. (Si consigue que no salga, merece que la nombren ministro.)

AURELIA. (Al Marqués, que se sienta en el sofá.) Esta salida te sentará muy bien... Gonzalez lo asegura... y aunque cojas un constipado... un ataque á la garganta... ¿qué menos has de hacer por un amigo... por un pariente como él?... En cuanto á mí, si fuera necesario, me expondria á los mayores peligros por tí, Bernardo, ya lo sabes.

BERN. Ya lo sé, prima... ¡Já, já!

AURELIA. Y este cariño que yo te profeso no es de ahora... Siempre he acariciado la idea de que llegaras por mí á la fortuna, á los honores... ¿Te acuerdas hace algunos años, cuando paseábamos juntos las riberas del Jarama... que apoyada en tu brazo te decia: «Bernardo...»

BERN. ¡Já, já, si, me acuerdo!

AURELIA. Ya lo creo... esto sucedia tantas veces... era tan natural con los proyectos que nuestros padres habian formado...

BERN. Es verdad, muy natural.

MARQUES. (¿Qué es esto?) (Inquieto.)

AURELIA. Entre primos las ideas de matrimonio nacen tan espontáneamente... Esas ideas pasan; pero el cariño queda, no envejece nunca... y mas tarde, cuando se vuelve á encontrar al amigo de la infancia, es un placer tan grande contribuir á su fortuna... Tú sabes que este Bernardo es mi único pensamiento. (Al Marqués.)

GONZ. (¿Qué es lo que está haciendo? Pues no vé que el Marqués...)

AURELIA. No hay dia que no te hable de él.

MARQUES. En efecto.

BERN. ¡Cuántas bondades!

MATILDE. (¿Adónde irá á parar?)

AURELIA. Esta mañana todos los elogios que hice...

BERN. ¿Pero vé usted cómo me quiere? (Á Matilde.)

MARQUES. Es verdad, me hablaste de él con un calor... con una pasion... (Con aire de celos cada vez mas marcados.)

AURELIA. ¿Y sabes por qué? Es una locura, una niñeria... Yo habia soñado... (Con ternura.) Si, Bernardo, yo habia soñado... que nuestros esfuerzos para la diputacion eran inútiles... que otro te la arrebataba... y conseguia ser nombrado, y esto me produjo una pena que no te puedo explicar.

GONZ. Sabe usted que yo creo que la ley de capellanias... (Al Marqués.)

MARQUES. (Déjeme usted á mí de leyes y de capellanes.) (Se levanta. Con cólera.)

AURELIA. Pero gracias al cielo mis presentimientos no se realizarán. Tú serás diputado.

MARQUES. Quién sabe. (Preocupado.)

AURELIA. Por Dios, no trates de asustarme... Ya hemos obtenido el primer triunfo, y ahora por tu mediacion alcanzaremos el segundo... ¿Tú me lo prometes, no es verdad?... Cuidado que hables á todo el mundo con interés... La mayor parte de los electores dependen de tí, y como les recomiendes con entusiasmo la candidatura de Bernardo... Comprenderán que tienes por él tanto empeño como yo misma... Vamos... anda.

CRIADO. Los caballos estan enganchados.

AURELIA. Adios, primo... (Con cariño.) ¡Qué cachaza! (Al Marqués.) ¡Vamos, al coche en seguida!...

MARQUES. Señora, he resuelto no salir.

AURELIA. ¡Dios mio! ¿Y por qué? (Afectando sorpresa.)

MARQUES. ¿Por qué? ¿Te atreves á preguntármelo?

AURELIA. ¡Bah! Si que deseo saberlo. (Candor.)

MARQUES. Veo mas claro de lo que usted se figura... Una frase nos vende muchas veces, señora.

AURELIA. ¿Qué ocurre? ¿Qué quieres decir?

MARQUES. Hay cosas que en vano se procura ocultar. Á mí me basta una mirada, una imprudencia para descubrirlo todo. (Á media voz.)

AURELIA. ¿Qué es lo que esto significa? ¿Qué es lo que usted ha supuesto? Yo le pido que me explique.

MARQUES. (Señora, yo no digo nada, yo examinaré, indagaré... y como mis sospechas se confirmen... tiembla, desgra-

ciada.) Que desenganchen, no salgo ya. (Al Criado.)

AURELIA. (¡He triunfado!) (Dando la mano á Matilde.)

MATILDE. ¡Bravo! (Mirándola con aire de burla y de orgullo.) (Quien ha triunfado he sido yo.)

MARQUES. (Á Bernardo.) Yo no me opongo á que vaya usted á Getafe, pero no puedo acompañarle. Adios, señora.

ESCENA VII.

GONZALEZ, MATILDE, AURELIA, BERNARDO.

GONZ. Pero, señora, no me explico...

BERN. Ni yo tampoco, tan lejos estaba de figurarme... ¿Pero, prima, sera verdad que tú?...

AURELIA. No seas imbécil. Has perdido la cabeza. (Con orgullo.)

BERN. No es para menos. Y yo, que no sospechaba que todas esas demostraciones...

AURELIA. ¿Pero tú has creido?...

BERN. Vaya si lo creo. Tu proteccion... tu empeño por mí... Pobre Aurelia, está muerta por su primo. (Á Matilde.)

MATILDE. ¡Calla! Todavia hay un medio de suplir el apoyo que le niega el señor Marqués.

BERN. ¿Cual, señora!

MATILDE. Corra usted solo, que los electores que no le conocen le vean de cerca.

BERN. Voy al instante...

AURELIA. Es verdad; si... Háblales mucho... habla á todo el mundo... pronúnciales un discurso.

BERN. Bien... prima.

GONZ. Un momento. (Queriendo detenerle.)

AURELIA. (¡Silencio!) Corre, primo, no te detengas... Ya debieras estar allí... Que pronuncies un discurso en cuanto llegues, un discurso sobre todo.

BERN. Si, un discurso sobre... Diré que... ¡adios! antes que se me pasen las ideas. (Váse.)

ESCENA VIII.

AURELIA, MATILDE, GONZALEZ.

GONZ. Señora, pero si habla... todo se ha perdido... En cuanto le oigan no habrá quien le vote.

AURELIA. Eso es lo que yo deseo. ¿Está usted contenta?

MATILDE. Estoy asombrada... No hubiera hecho tanto el diplomático mas hábil.

GONZ. Señoras, no entiendo una palabra de lo que pasa... ¿Quién habia de esperar que usted, tan acostumbrada á dominarse... que usted, que obra siempre con un tacto maravilloso... fuese á dejar entrever claramente á su marido el interés que tiene por Bernardo?... Es una imprudencia...

AURELIA. De modo que usted cree que yo tengo interés... ¡Já, já! ¿Y usted es doctor en medicina?

GONZ. Si, señora.

AURELIA. ¿Y acaba usted de ser nombrado consejero?

GONZ. Gracias al favor de usted.

AURELIA. Pues casi estoy á punto de arrepentirme...

GONZ. ¿Por qué, señora?

AURELIA. Porque veo que ni el doctor ni el consejero alcanzan gran cosa.

GONZ. Aunque asi sea... yo repito que es perder á Bernardo... empeñarse en que sufra una derrota...

AURELIA. ¿Pero no ha conocido usted que eso es lo que me propongo?

GONZ. ¡Hum! ¡Toma! ¿Con que se trata de un cambio de frente? ¿De un cuarto de conversion?

MATILDE. Cabalmente.

AURELIA. Usted lo ha dicho.

GONZ. Señora, por habituado que yo esté á su carácter... ¿De modo que es preciso dar contraórden á los amigos?...

AURELIA. Eso es lo que pienso hacer... Escuche usted, Gonzalez... Yo tengo alguna influencia con el ministerio...

GONZ. De mí acaba usted de hacer un individuo del Consejo de Sanidad. No seré yo por lo tanto quien dude...

AURELIA. Pues aun tengo mas influjo en esta casa... donde el doctor tiene miras que yo he adivinado.

GONZ. ¿Qué quiere usted decir?

AURELIA. Que la facultad no rechaza los grandes dotes... y cura con predileccion á las ricas herederas...

MATILDE. Es cierto; hace poco me contaba Teresa.

GONZ. ¡Cómo! ¿Usted no ignora... que un amor... difícil de dominar?...

AURELIA. Conozco esas pretensiones y no me opongo á ellas... Tal vez mas adelante llegue hasta apoyarlas... Todo depen-

de de usted... de una condicion.

GONZ. ¡Cuál!

AURELIA. De que usted haga que Cárlos de Olivares sea elegido diputado.

GONZ. ¿Cárlos?

MATILDE. (Ya no dudo que lo sea.)

GONZ. Pero, señora, si eso es punto menos que imposible. ¿Usted no sabe?...

AURELIA. Lo sé todo. Á mí me gustan los imposibles... Con que busque usted á los amigos y dígales mi voluntad.

GONZ. Yo, que les he recomendado á Bernardo.

AURELIA. Ahora les recomienda usted á otro.

GONZ. Un extravagante á quien no podemos ver... que nos ha insultado...

AURELIA. Eso se olvida... No admito excusas ni frases... Se trata de obrar y estamos perdiendo tiempo.

GONZ. Es justo... Voy volando... (Se va y vuelve.) Pero qué hacemos con el ministro, á quien usted ha hablado en favor de Bernardo?

AURELIA. Apenas si me escuchó, preocupado como estaba con los cuatro votos que le faltan para la sesion de mañana. ¡Ah! si yo pudiera proporcionárselos, el ministro seria nuestro, y Cárlos no seria combatido...

MATILDE. Es verdad. ¿Pero cómo buscamos esos cuatro votos? El ministerio está tan desprestigiado, que todo el mundo espera una crisis...

GONZ. Y las mayorias en cuanto presienten la crisis, se descomponen de un modo...

AURELIA. ¡Ah! ya le he encontrado... ¡Un medio infalible! Tendremos los cuatro votos: yo respondo. (Se sienta al velador y escribe.)

MATILDE. ¡Qué talento... qué genio!... Es admirable... (Se pone á su lado.)

GONZ. Qué cabeza tan bien organizada. (Á Matilde.) (Pero señora, ¿cuál es la causa de este cambio?)

MATILDE. ¡Una pasion antigua! ¡ama á Cárlos!

GONZ. Y yo sin comprender... Soy un doctor bien ignorante.

AURELIA. Ya he puesto dos letras al ministro.

GONZ. ¿Al de Gobernacion, eh?

AURELIA. Tratándose de elecciones... Le prometo los cuatro votos de que me habló esta mañana... pero en recompensa

de mi extraordinario servicio, me atrevo á exigirle que no combata en el distrito de Valdemoro á Cárlos de Olivares.

MATILDE. (Solamente con mirarla, qué progresos pueden hacerse!)

AURELIA. Tome usted, Gonzalez.

GONZ. ¿Pero esos cuatro votos?

AURELIA. Repito á usted que antes de dos horas los tendremos. Mi plan es muy sencillo. Diga usted á los amigos, para que cunda la noticia por todas partes, que mi marido, el señor Marqués de la Templanza, se halla enfermo, muy enfermo, verdaderamente grave.

GONZ. ¡Yo! ¡su médico! ¿Quiere usted que me desacredite?

AURELIA. Al contrario... Este ataque terrible y repentino servirá para que dentro de tres ó cuatro dias pueda usted anunciar, que el ilustre enfermo se ha salvado...

GONZ. Una cura maravillosa... que haremos ponderar hasta las nubes .. Que se insertará en el *Siglo Médico*... y hasta en la *Gaceta*... ¿Qué mal padece, señora?

MATILDE. Usted que le asiste es quien debe inventarle.

GONZ. Cierto. Una *apople-gastro-fulmino-enteritis.* Pero necesito saber con qué objeto...

AURELIA. No es necesario... Haga usted lo que le digo y eso basta.

GONZ. No comprendo...

MATILDE. Ni yo tampoco; pero obedezca sin vacilar. Sabe mas que nosotros.

AURELIA. Y usted, por Dios, Matilde, que guarde el secreto... Mi marido está de mucha gravedad para todo el mundo.

MATILDE. No me muevo ya de aqui para consolar á usted.

GONZ. ¿Y si alguien le vé?

AURELIA. No saldrá de su gabinete; yo cuido de eso.

GONZ. ¿Pero quién le convencerá de que...

AURELIA. Yo.

GONZ. ¿Y quién le pondrá bueno cuando sea preciso?

AURELIA. ¡Yo!

MATILDE. ¿No oye usted que ella se encarga de todo?

AURELIA. Vamos, la carta al ministro... En el salon de conferencias, podrá usted verle?

GONZ. Corro á buscarle... Yo le encontraré aunque le oculte la tierra.

AURELIA. Que esparza usted la noticia por todas partes.

GONZ. Descuide usted. (Va á salir y vuelve.) Ahora mismo voy á darla en *La Correspondencia.* Última edicion: un suelto alarmante. Dentro de una hora se sabe hasta en los lavaderos del Manzanares. Será preciso poner lista en el portal... Entre los amigos y *La Correspondencia*... (Vuelve.) ¡Ah! es indispensable echar arena en la calle: los carruajes pueden hacer mucho daño al ilustre enfermo... yo veré al corregidor para que dé el permiso. (Vuelve.) ¡Ah! que cada dos horas se anote en la lista el curso de la enfermedad. Esta noche junta de médicos.

AURELIA. Mírele usted lanzado como una bala... Cómo obedece á mi impulsion...

MATILDE. (Y ella á la mia.)

AURELIA. Adios, adios, doctor afortunado. Y usted, Matilde, venga conmigo. (Llama á la campanilla.)

MATILDE. (Cárlos será diputado.)

AURELIA. Una taza de té inmediatamente. (Al Criado.) (Es todo cuanto puedo hacer por él.)

MATILDE. (Es todo cuanto puedo hacer por ella.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El gabinete biblioteca del Marqués. Puerta al fondo y dos á los lados. Á la derecha una chimenea; á la izquierda un velador con periódicos encima.

ESCENA PRIMERA.

MARQUÉS, AURELIA.

El Marqués, con bata reclinado en una butaca; Aurelia, de pié á su lado con una taza de té, que el Marqués acaba de tomar.

AURELIA. Vamos, ¡otro sorbo! Si te has dejado la mitad.
MARQUES. He tomado bastante...
AURELIA. ¿Y cómo te sientes?
MARQUES. Mas tranquilo. ¿Y tú estás segura de que la discusion se prolongará hasta el jueves?
AURELIA. El gabinete tiene empeño en ello... Necesita ganar tiempo... Asi me lo ha dicho la mujer del ministro... Por eso, lo que yo siento es que tú que no te encuentras bien, vayas á caer enfermo el dia mismo de la votacion... esto producirá muy mal efecto.
MARQUES. Es verdad.
AURELIA. Pero para eso es menester no cometer imprudencia ninguna, estar en tu casita, no ver á nadie...
MARQUES. Tienes razon, querida mia.
AURELIA. Y sobre todo, no salir.
MARQUES. No tengas cuidado... Una vez tomada una resolucion,

ya sabes que sé cumplirla... ¿Y qué es lo que tengo? ¿Qué dice el médico?

AURELIA. Una gran irritacion de pecho.

MARQUES. (Tratando de toser.) Es verdad, siento aqui un calor... La cabeza me pesa de un modo...

AURELIA. No es nada en apariencia; pero puede ser una cosa muy grave si continuas tus trabajos parlamentarios.

MARQUES. Si no hablo nunca, como sabes.

AURELIA. ¿Y eso qué importa? Escuchas con demasiada pasion y basta...

MARQUES. Si, eso es lo que nos acaba y nos mata á los hombres de parlamento... El interés con que es preciso oir muchas veces... Prefiero veinte discusiones como la del lunes, por tempestuosas que sean... á estos largos debates, que concluyen siempre con una votacion nominal, en que es preciso pronunciarse en uno ó en otro sentido.

AURELIA. Ó caer enfermo oportunamente.

MARQUES. Pero cuando eso ha pasado algunas veces... En fin, ¿tú me respondes de que el ministerio no arriesga la votacion en la sesion de hoy?

AURELIA. Yo respondo, y á mi vez exijo que no te muevas de casa.

MARQUES. Asi lo haré; pero es menester que tú tambien cumplas tu promesa.

AURELIA. ¿Cuál?

MARQUES. La de no volver á hablarme de Bernardo.

AURELIA. Hago mas, te lo juro.

MARQUES. De no interesarte por él.

AURELIA. Basta que tú no le quieras... y por absurdas que sean tus sospechas, mi deber es obedecerte en todo... Si quieres que no vuelva á verle en mi vida... dilo y acabó para mí.

MARQUES. Eso es demasiado... no deseo ir tan allá... y ya que estás en tu dia de generosidad, tengo otra gracia que pedirte.

AURELIA. ¿Cuál, mi señor?

MARQUES. Hace poco has pronunciado por casualidad un nombre que me ha recordado, que mis primeros pasos en la carrera política y mi posicion actual se los debo al padre de una persona con quien despues me he portado bien ingratamente.

AURELIA. ¿Á quién?
MARQUES. Al padre de ese Cárlos de Olivares, á quien acabas de nombrar... Tú no puedes ver á ese excelente jóven y yo le quiero como á mi hijo.
AURELIA. Yo reconozco su talento y su mérito... y hasta convengo contigo en que nadie tiene mas títulos que él para representar el distrito de Valdemoro; pero qué quieres, le profeso una antipatia que no puedo vencer.
MARQUES. Pues bien, inténtalo por mí... dame ese gusto.
AURELIA. Lo haré, porque en el estado delicado que tienes no me atrevo á contrariarte. Pero... ¿quién entra?

ESCENA II.

DICHOS, MATILDE.

MATILDE. Yo, que deseo saber cómo sigue el enfermo. ¿Cómo se siente usted?
MARQUES. No muy bien del todo.
AURELIA. Excepto para usted, mi querida Matilde, la puerta está cerrada para todo el mundo.
MARQUES. Con permiso de usted, amiga mia, voy á retirarme á mi cuarto, porque me siento muy débil. Estos amagos de tos. (Tose.)
CRIADO. (Anunciando.) El señorito Bernardo.
MARQUES. (Levantándose.) Ese solo nombre me irrita todo el sistema nervioso.
AURELIA. (Á media voz.) Tranquilízate.
CRIADO. Viene á ver á su excelencia.
AURELIA. El señor Marqués no está visible.
CRIADO. Tambien desea hablar á la señora.
AURELIA. Dile que no puedo recibirle. (El Criado sale. Aurelia al Marqués.) ¿Estás contento?
MARQUES. ¡Eres un ángel! y para que hoy lo seas hasta la perfeccion, prométeme reconciliarte con Cárlos de Olivares.
MATILDE. ¡Cómo! (Ya se lo suplica el marido.)
AURELIA. (Al Marqués bajando los ojos.) Puesto que tú te empeñas... te lo prometo.
MARQUES. (Besándola la mano.) ¡Mi querida Aurelia! (Á Matilde.) Hace todo lo que yo quiero. (Sale por la izquierda apoyándose en Aurelia.)

ESCENA III.

MATILDE, AURELIA.

MATILDE. (*Haciendo á Aurelia una gran reverencia.*) Saludo al sabio diplomático... Su talento de usted desespera... yo no podré nunca ni imitarle de lejos.

AURELIA. ¡Quién sabe! usted tiene felices disposiciones... y si se aplica...

MATILDE. ¡Oh! con el alma y la vida... pero es tan difícil igualar á los grandes modelos... ¿Y esta enfermedad improvisada, á qué conduce?

AURELIA. ¿Qué? ¿no adivina usted?

MATILDE. Nada.

AURELIA. (*Tomando un bastiddor de tapiceria.*) Tiene usted razon; todavia necesita estudiar.

MATILDE. (*Ayudándola.*) Yo aprenderé, señora maestra.

AURELIA. (*Oyendo hablar fuera.*) ¡Calla! es el dóctor.

ESCENA IV.

MATILDE, AURELIA, GONZALEZ.

GONZ. (*Á la puerta.*) Diles que en la porteria encontrarán los partes de hora en hora... Que perdonen si no me atrevo á recibirlos... Me esperan para la consulta. (*Á las señoras.*) ¡Ah! ¿ustedes aqui?

AURELIA. (*Sin dejar el bordado.*) ¿Cómo marcha la cosa?

GONZ. (*Con aire ligero.*) Á las mil maravillas... Es admirable con qué facilidad se esparcen las malas nuevas.

AURELIA. ¿Y el ministro

GONZ. Leyó su carta de usted. En seguida entré en la sala de conferencias, donde con un aire sombrio, hice circular la noticia; un instante despues toda la cámara me cercaba preguntándome; yo he contestado con una fisonomia siniestra y un silencio enigmático, que deja poco que esperar... Asi que apareció el ministro habia ya muchos que convencidos de la necesidad de anticiparse, tenian necesidad de decirle dos palabras en particular... Es muy justo. Nada mas natural sino que deseen inscribirse para la eventualidad de una vacante;

y como su marido de usted reune cinco cargos nada menos...

AURELIA. ¡Bravo!

MATILDE. Ahora adivino... ¡Qué recurso!

AURELIA. Un poco atrevido.

GONZ. El gabinete obtendrá una mayoria respetable, gracias á la fatal noticia que ha producido un efecto indescriptible no solo en las cámaras, sino tambien en nuestros amigos, á quienes no he descubierto el enigma para que representen mejor sus papeles.

AURELIA. Bien hecho.

GONZ. Asi que todos ellos, francamente y de buena fé, vuelven la espalda á Bernardo, creyéndole ya privado de su único apoyo, de su primo el Marqués de la Templanza.

AURELIA. ¡Bravísimo!

GONZ. (Á Matilde.) Lo que me ha sorprendido es que su esposo de usted tambien ignora ..

MATILDE. No le he dicho nada... He cumplido mi promesa.

GONZ. Vamos, por eso me explico que se haya puesto tan pronto en movimiento para reemplazar al señor Marqués en la Academia. Me le he encontrado en casa de uno de mis enfermos solicitándole el voto. Iba tan deprisa que no me ha dado tiempo para desengañarle, y ha tomado un coche para continuar sus visitas.

MATILDE. ¡Jesus! Qué broma se está dando.

GONZ. Eso le servirá para la primera vacante; son plazas que cuestan muchas visitas, y hay quien pide el voto al mismo á quien ha de reemplazar. Y ahora que he hecho todo lo posible por servir á usted, ¿podré saber la causa de la contrarevolucion que acabo de operar?

AURELIA. ¿Cuál?

GONZ. El cambio en favor de Cárlos, nuestro enemigo comun.

AURELIA. Ya la sabrá usted.

GONZ. Es que necesito saberla.

MATILDE. Él mismo la ignora.

AURELIA. Es verdad. Ahora es preciso que yo le vea.

MATILDE. (No será hoy.)

ESCENA V.

DICHOS, TERESA, y un CRIADO, que entra detrás.

TERESA. Cárlos de Olivares viene á saber cómo sigue mi papá.

AURELIA y MATILDE. ¡Cárlos!

TERESA. (Á Gonzalez.) ¿Qué le contesto?

MATILDE. (Acercándose á ella.) Que el señor Marqués no puede recibir...

AURELIA. Á los extraños ó á los indiferentes; pero á los amigos de mi marido, á los antiguos amigos de la casa...

TERESA. (Asombrada y bajo á Matilde.) ¿Qué es lo que esto quiere decir?

AURELIA. (Con amabilidad.) Dile que pase... Cabalmente deseamos verle y tenemos necesidad de hablar con él. (El Criado sale.)

TERESA. (Bajo á Matilde.) ¡Yo no me explico!...

MATILDE. Todo ha cambiado; pero yo tiemblo.

TERESA. ¿Por qué?

MATILDE. ¡Silencio! (Teresa avanza despues de la entrada de Cárlos y se coloca á la izquierda, muy retirada de los demas.)

ESCENA VI.

DICHOS, CARLOS.

Aurelia, sentada en medio del teatro tiene delante su bastidor. Matilde, cerca del velador, lee un periódico; Teresa hace punto de colcha; Gonzalez, se coloca delante de la chimenea, dándola la espalda. Cárlos, saluda á las señoras.

CARLOS. (Á Aurelia con frialdad.) Es una indiscrecion sin duda la que cometo presentándome en esta casa. La noticia que acabo de recibir espero me sirva de excusa. ¿Es verdad que el señor Marqués se encuentra tan grave como dicen?

AURELIA. No se encuentra bien; pero el señor de Gonzalez que le asiste...

CARLOS. (Saludando apenas á Gonzalez y volviéndose hácia Matilde.) ¿Tambien usted ha venido?...

AURELIA. Tambien me ayuda á cuidar de una salud que lo mis-

mo que á nosotras debe interesar á usted en estos momentos...

CARLOS. Mas de lo que usted se figura... El Marqués fué amigo de mi difunto padre; lo ha sido mio, y aunque ha dejado de serlo, no me ha ocurrido nunca la idea de acusarle.

AURELIA. ¿Y á quién acusa usted entonces?

CARLOS. No me lo pregunte usted, señora... mi ruda franqueza me obligaria á decirlo.

AURELIA. Y tal vez se engañaria usted.

CARLOS. (Con cólera.) Señora...

MATILDE. (¡Qué imprudente!)

CARLOS. Perdone usted mi ligereza... me hallo en su casa y no debo... (Aurelia con amabilidad le hace señal de sentarse: toma una silla del fondo del teatro y se coloca entre Aurelia y Matilde. Todo esto se ejecuta durante el aparte siguiente.)

GONZ. (Á Matilde.) Que el diablo me lleve si me explico todavia... (Bajando la voz.) Á no ser que sea cierto que el amor anda en el juego.

MATILDE. ¿Pues quién lo duda?...

GONZ. ¡Qué lástima!

AURELIA. (Trabajando siempre.) De modo, señor de Olivares, que segun su confesion, desea usted buscarme una querella: está bien.

CARLOS. Señora, yo no esperaba tener el placer de encontrar á usted.

AURELIA. ¿Eso quiere decir que considera mi presencia como un contratiempo?

CARLOS. De ningun modo... Al venir aqui por encargo de Matilde para ver al señor Marqués...

MATILDE. (Ya me ha descubierto.)

AURELIA. ¡Ah! ¿es Matilde quien ha escrito á usted sin prevenírmelo?...

MATILDE. (Vivamente.) Si; yo he sido.

AURELIA. (Con satisfaccion.) (Vamos, obran de acuerdo.)

CARLOS. He supuesto que el señor Marqués tendria instrucciones que darme sobre el pleito de Teresa.

TERESA. ¿De mi pleito?

MATILDE. (Dejando caer el ovillo.) ¡Ah, mi estambre! (Á Cárlos que se baja á cogerle.) (No nombre usted á Teresa; no la mire usted siquiera mientras su madrastra está aqui.)

CARLOS. (Bajo.) ¿Por qué?

MATILDE. Porque...

AURELIA. (Trabajando.) ¿Cárlos? se dice que se presenta usted diputado por Valdemoro.

CARLOS. Hoy es la eleccion; pero no espero salir...

AURELIA. ¿Y cómo? Usted tiene amigos...

CARLOS. No conozco mas que uno, á quien acabo de encontrar.

AURELIA. ¡Uno solo! ¡Qué exageracion!

CARLOS. Y lo mas extraño es que yo le tenia por enemigo... Al entrar aqui se me ha acercado un editor, á quien apenas conozco... un señor Peralta, á quien traté ayer bien mal en casa de Matilde...

GONZ. (Á Aurelia.) Uno de los nuestros, á quien yo he prevenido...

CARLOS. Pues bien, tendiéndome la mano me ha dicho: «Cuando yo cometo un yerro procuro enmendarlo: voy en este momento á dar á usted mi voto, porque acabo de saber que entre todos los candidatos es usted el único que merece ser elegido. Un amigo me ha informado de usted en términos...» ¿Y ese amigo quién es? pregunto yo ahora.

GONZ. (Adelantándose con nobleza.) Ese amigo soy yo.

CARLOS. (Levantándose.) ¡Usted!

GONZ. Si; yo que desde ayer hablo á todo el mundo en su favor.

CARLOS. ¿Despues de lo que ha pasado entre nosotros?

GONZ. Eso no importa nada... Yo no profeso á usted cariño... soy demasiado franco y severo para decir lo que no siento... pero merece usted mi admiracion. Estas señoras acaban de oir el elogio que de usted hacia cuando ha entrado.

TERESA. (Con sorpresa.) ¿Es posible?

CARLOS. ¡Un elogio de mí que le he ofendido!

GONZ. Eso le probará á usted que en mí pueden mas las convicciones y el respeto que profeso al mérito, donde quiera que se encuentre, que los intereses de mis amigos... Si, caballero, en este momento corro á obligar á los numerosos electores á quienes conozco á votar en favor de usted... El coche me espera... Dos veces he estado hoy en Valdemoro y tres en Getafe... Por todos estos servicios no exijo á usted ni gratitud siquiera... Adios, señoras. (Sale.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos GONZALEZ.

CARLOS. ¡Ah, qué generosidad! ¡Qué injusto he sido con ese hombre!

AURELIA. No ha sido con él solo... Hay alguna otra persona á quien usted supone su mayor enemiga...

CARLOS. ¿Qué quiere usted decir?

AURELIA. Que usted vé siempre las cosas por su lado negro... que su carácter sombrio y misantrópico le hace ver por todas partes lazos y emboscadas.

MATILDE. Es muy cierto.

CARLOS. Pero, señoras, ¿me quejo sin razon, cuando todo parece conspirar contra mí, cuando hasta los mismos periódicos...

MATILDE. (Leyendo un periódico que toma del velador.) «Un gran número de electores del distrito de Valdemoro, parece »dispuesto á honrar con sus sufragios al jóven y dis»tinguido orador don Cárlos de Olivares. Si un talento »brillante, un carácter independiente y un patriotismo »acrisolado son los títulos que el pais exige á sus re»presentantes, podemos asegurar que será elegido por »unanimidad el elocuente abogado.»

CARLOS. ¡Imposible! el mismo periódico que desfiguró mi informe y que me llamó oscuro...

MATILDE. (Leyendo.) «Todo el mundo conoce su magnífico infor»me en el pleito del señor Marqués de la Templanza... »que debe á su elocuencia la posesion,» etcétera... etcétera. Siguen dos columnas de elogios, que no leo por no ofender su modestia.

TERESA. Gracias á Dios que le hacen justicia.

CARLOS. (Estupefacto.) Pero si ayer decia precisamente lo contrario. ¿Qué significa esto?

AURELIA. Que los dias no se parecen unos á otros.

TERESA. Que tarde ó temprano se reconoce el mérito.

MATILDE. Que es un niño quien se desalienta.

AURELIA. Y abandona la partida.

MATILDE. Y hasta piensa en matarse.

CARLOS. (Á Matilde.) Calle usted por Dios.

MATILDE. No; quiero decirlo muy alto. Es indigno desconfiar asi

del cielo y de los amigos.

CARLOS. Pero si yo no puedo explicarme... ¿Es un sueño? Yo que me creia abandonado de todos...

TERESA. Ese es el mal...

CARLOS. ¿Y su papá de usted... el señor Marqués?...

AURELIA. (Levantándose.) No se ocupa mas que de usted... Piensa escribir y hablar en favor de usted, y si su salud se lo permitiera saldria para presentarle á usted él mismo á los electores...

CARLOS. ¡Cielos! ¿quién ha disipado sus prevenciones? ¿Qué cambio es este? ¿Quién le ha hablado de mí? (Mirando á Teresa.) Ya adivino...

MATILDE. (Pasando rápidamente á su lado) Una persona á quien usted acusaba... ¡su mujer!

CARLOS. ¡Su mujer!

MATILDE. Si, señor, yo soy testigo: sin el apoyo generoso de esta señora...

AURELIA. Si; necesitaba vengarme de usted, y ya lo he hecho.

TERESA. (Bajo.) Pero si no puede ser... (Á Cárlos.)

MATILDE. Créalo usted. Cuando yo lo aseguro... (Al mismo.)

AURELIA. Siento únicamente que la indiscrecion de Matilde le haya hecho á usted saber lo que debia ignorar... Sé que siempre me ha juzgado usted...

CARLOS. Es verdad, señora... yo no he ocultado á algunas personas...

MATILDE. Á mí, por ejemplo...

CARLOS. Mi manera de pensar, y he obrado mal... lo confieso.

AURELIA. ¿Por qué?

CARLOS. Porque antes de obrar asi debia haberme explicado con usted... haberla dado mis quejas.

MATILDE. (Asustada.) Pero hubiera sido una imprudencia.

AURELIA. ¡Oh! no; lo que mas estimo en el mundo es la franqueza.

CARLOS. (Vivamente.) Usted lo sabrá todo, Aurelia; yo le diré la verdad.

MATILDE. Estoy temblando. Todo se va á perder.

AURELIA. Hable usted, Cárlos. (Se oye tocar la campanilla fuertemente.) Mi marido.

MATILDE. Querrá ya recibir y Cárlos debia presentarse...

AURELIA. Un momento. Teresa, anda á ver qué quiere tu papá. Yo tengo necesidad de hablar unos instantes con Cárlos sobre su eleccion.

TERESA. (Vivamente.) Voy corriendo. (Bajo á Cárlos.) Haga usted todo cuanto le diga; yo hablaré entre tanto de usted. (No comprendo nada; pero se me figura que todo va bien.)

ESCENA VIII.

MATILDE, CÁRLOS, AURELIA.

MATILDE. (¡Imprudente! Se va... Si le dejamos á solas con ella todo se ha perdido.) (Se sienta al velador y se pone á bordar.)

AURELIA. (Volviéndose y reparando en ella.) ¡Cómo! ¿Se pone á trabajar? ¡Y yo la suponia con talento! (Despues de un instante de silencio, al ver que Matilde continúa trabajando sin levantar los ojos.) Mi querida Matilde...

MATILDE. Señora...

AURELIA. (Á media voz.) Necesito hablar con Cárlos acerca de su diputacion y de los medios...

MATILDE. Tiene usted razon; hablemos con él.

AURELIA. Pero esto la va á aburrir á usted...

MATILDE. No; estoy acostumbrado á oir...

AURELIA. (¡Qué torpe! No comprende nada...)

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Salazar.

MATILDE. (Pocas veces le veo tan oportuno.)

AURELIA. (¡Hum! Como si no tuviera bastante con la mujer... ahora el marido.) (Con impaciencia.) ¡Que no estoy!... Ya vé usted que no puedo recibirle. (Á Matilde.)

CRIADO. Dice que solo quiere hablar con la señora.

AURELIA. (Vivamente.) ¡Ah! eso es distinto. Ya lo oye usted; su marido la llama con mucha prisa... Corra usted á ver qué quiere...

MATILDE. (Dudando.) ¡Yo!

AURELIA. Es natural. (Al Criado.) Conduzca usted á la señora... Vamos, no le haga usted esperar... Tal vez sea muy importante...

MATILDE. (Inquieta.) En verdad que no sé si debo dejar á usted sola...

AURELIA. ¿Por qué?

MATILDE. Estoy segura de que la va á decir á usted tales extravagancias que acaso fuera mejor que en interés de usted...

AURELIA. ¡Oh! No tenga usted cuidado... Ocúpese usted ahora

de su marido... Gracias, querida mia... Vamos... (Con un tono imperioso.) Yo se lo suplico.

MATILDE. (¡Ah! no hay remedio... Volveré al momento... Ya me sorprendia á mí que mi marido estuviera oportuno.) (Sale seguida del Criado, y Aurelia vuelve despues de acompañarla.)

ESCENA XI.

AURELIA, CÁRLOS.

AURELIA. (Qué trabajo le cuesta... queria quedarse..: ¡Las mujeres son tan curiosas!)

CARLOS. Querrá usted creer, señora, que todavia no puedo explicarme lo que veo y lo que espero...

AURELIA. ¿Le causa á usted pena confesar cuán injusto ha sido conmigo?

CARLOS. Señora...

AURELIA. Me ha prometido usted ser franco...

CARLOS. Y cumpliré mi palabra aun á riesgo de perder... Pues bien, yo estaba persuadido de que usted era mi mayor enemiga... de que me profesaba usted un odio profundo... Mas todavia, porque no sé fingir, creia estar seguro de que no perdonaba usted ninguna ocasion de hundirme.

AURELIA. Yo dejo á mis acciones el encargo de contestarle.

CARLOS. (Turbado.) En este momento... es verdad...

AURELIA. Tranquilícese usted; no quiero abusar de mis ventajas. Hablemos solo de usted... de sus intereses... yo no busco otro medio de defensa. ¿Con que la eleccion de diputado la tiene usted sobre el alma? Ese es el único objeto de toda su ambicion?

CARLOS. ¡No, señora!

AURELIA. ¡Cómo!

CARLOS. Aurelia, la bondad y la generosidad con que usted me trata, me obligan de tal modo, que yo creeria hacer á usted la mayor de las injurias, si en este momento no la abriera mi corazon.

AURЭAIA. Asi lo espero.

CARLOS. Pues bien, señora... mis pensamientos de ambicion no son los que todo el mundo me supone... si yo deseo salir diputado no es por mí, sino porque esto me acerca-

ria á una persona de quien hoy me encuentro muy lejos por desgracia.

AURELIA. ¿De veras? Esa es la causa...

CARLOS. Le juro á usted que no existe otra... No es la ambicion política lo que llena mi alma, sino otra pasion que hace mucho tiempo intento en vano dominar, y que nunca me he atrevido á descubrir á aquella que me la ha inspirado.

AURELIA. ¿Y por qué?

CARLOS. Porque hasta ahora ha sido una pasion sin esperanza.

AURELIA. ¿Y al presente, confia usted?

CARLOS. Desde hace un instante solamente.

AURELIA. No comprendo... Si usted no se explica...

CARLOS. ¡Ah! quisiera y no me atrevo...

AURELIA. ¿Conozco yo á la persona?

CARLOS. ¡Mucho!

AURELIA. (Sonriendo.) ¿De veras?... Hable usted... y yo tengo algun poder sobre ella?...

CARLOS. Muy grande. Usted puede mucho con ella... y para acabar de una vez, usted lo puede todo.

AURELIA. (Fingiendo aturdimiento y asombro.) ¿Qué es lo que usted quiere decir?

CARLOS. Que de usted depende mi felicidad, mi dicha. Una palabra de usted y yo obtendré cuanto anhelo. Á esta amistad que usted me ofrece tan generosamente, y en la que yo no creia, acudo para que me ayude... Háblela usted, y estoy seguro de obtener su mano.

AURELIA. ¡Su mano!... ¿De quién?

CARLOS. De Teresa, á quien adoro.

AURELIA. ¡Cielos!

CARLOS. ¡Ah! He dicho demasiado y quiero dejar á usted en libertad de resolver... Corro á ver al señor Marqués y á hacerle la misma súplica. Hasta luego. (Sale precitadamente.)

AURELIA. ¡Cómo! Pero usted comprende... ¡Imposible! no me escucha.

ESCENA X.

AURELIA sola.

(Con explosion.) ¿Pero es verdad lo que he oido?... ¿Con

que es á Teresa á quien ama? Pero qué trama infernal es esta? Me han tendido un lazo y he caido en él. ¿Y quién? una mujer á quien yo tenia por imbécil me ha engañado. Si; todo es obra de Maitilde... esa carta de amor es una invencion ó se dirige á otra... á Teresa tal vez. ¡Ah! ¡la ira me ciega! Yo, instrumento inocente... Juguete miserable de esa mujer. ¡Esto es horrible! ¡Pero cómo vengarme! ¡Un recurso! La vanidad me ha perdido. (Reflexionando.) La fingida enfermedad de mi marido habrá hecho que algunos que esperan sucederle en sus cargos se pongan de parte del ministerio... la votacion se está verificando en estos momentos... la presencia de mi esposo en una tribuna podria desbaratarlo todo, y entonces el ministro furioso romperia la neutralidad que me ha ofrecido. El medio es arriesgado; ¿pero qué importa? antes que todo mi venganza. ¡Ah! ya está aqui.

ESCENA XI.

AURELIA, el MARQUES.

AURELIA. ¡Hola! veo con placer que estás mucho mejor.

MARQUES. No, en verdad.

AURELIA. El semblante lo prueba...

MARQUES. Si; pero siento un mal estar.

AURELIA. ¿Dónde?

MARQUES. No puedo decir dónde... y eso es lo que mas me inquieta.

AURELIA. ¿Sabes lo que te sentaria muy bien?

MARQUES. ¿Qué?

AURELIA. Salir un poco... en coche...

MARQUES. ¡Oh! no me atrevo á exponerme al aire libre.

AURELIA. Yo te acompañaria... Iriamos á un sitio abrigado... al Congreso por ejemplo... Dicen que la sesion de hoy será muy animada.

MARQUES. Me guardaré muy bien... Gonzalez, me ha prohíbido salir.

AURELIA. Pero Gonzalez...

MARQUES. Me lo ha prohibido como muy peligroso.

AURELIA. Un médico no sabe...

MARQUES. Pero si tú has convenido con él... Tú sabes que estoy

malo de veras... tú me lo has dicho...

AURELIA. (Con despecho.) (Tiene razon. ¿Y cómo le hago creer ahora que está bueno?)

MARQUES. (Sentándose.) Y cuidado si siento no poder salir... Yo debia estar ya entre los elecctores, y no que he tenido que contentarme con escribir á los mas influyentes en favor de Cárlos, que comerá hoy con nosotros.

AURELIA. ¡Cárlos!... ¿pero quién? ..

MARQUES. Tú me rogaste esta mañana que le convidase... un muchacho de su mérito que llegará á ser mi yerno... un hijo como quien dice... Teresa, me habló ayer... y él acaba de pedirme su mano.

AURELIA. (Procurando dominarse.) Pero Teresa es una chiquilla y no puede conocer...

MARQUES. Si fuera ella sola... pero tú misma, á pesar de la antipatia que te inspira, no has podido menos de hacerle justicia y de hablarme en su favor.

AURELIA. (Con embarazo.) Yo no le trato... y he podido engañarme... Todo el mundo se engaña.

MARQUES. ¿Y Gonzalez, que le conoce hace tanto tiempo, y en quien tenemos tanta confianza? Dos horas hace que no me habla mas que de Cárlos y de sus talentos.

AURELIA. ¡Dios mio! Mis obras se vuelven contra mí.

MARQUES. Es cosa hecha, y acabo de decir á mi hija que en cuanto sea elegido...

AURELIA. Si no puede serlo...

MARQUES. ¿Y por qué? ¿Qué inconveniente?

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRLOS, que entra agitado.

CARLOS. (Vivamente.) ¡Ah! señora, todo se lo debo á usted, mi ángel protector... mi segunda madre. Por todas partes me encuentro amigos... admiradores entusiastas...

AURELIA. (¡Imbéciles! Cómo obedecen su consigna. Hay nada mas insoportable que estas sociedades de socorros mútuos! ¡Miserables! Y Gonzalez que no parece...)

CARLOS. Lo que no me explico es cómo han abandonado á Bernardo, á quien he encontrado furioso... la culpa no es mia. Segun parece ha pronunciado un discurso tan disparatado...

AURELIA. ¡Infeliz! ¿Se ha atrevido á hablar?
CARLOS. Y en cambio á mí, gentes á quienes no he visto nunca, me ofrecen ..
MARQUES. He escrito hoy á los principales electores...
CARLOS. ¿Es posible? tantas bondades... tantas dichas... Todas me salen al encuentro sin que yo pueda comprender... y si la cosa sigue asi el triunfo es seguro.
AURELIA. Todavia no... El gobierno puede mezclarse en la lucha...
CARLOS. ¡Eso seria un atropello!
MARQUES. ¿Pero no has escrito al ministro pidiendo la neutralidad?
AURELIA. Si; pero todavia no me ha contestado..

ESCENA XIII.

DICHOS, GONZALEZ.

GONZ. Bien se ha batido el cobre! Vengo del Congreso.
AURELIA. ¿Y qué?
GONZ. El Gobierno ha tenido treinta votos de mayoria.
AURELIA. ¡Treinta votos!
MARQUES. (Con aire grave.) No me sorprende... Todo lo habia previsto y se lo anuncié anteayer al de Marina. Yo tenia ciertos datos... La mayoria... la oposicion... los periódicos... el estado de Europa... Y en fin, ¿qué piensa hacer el ministerio en la eleccion de...
GONZ. Deja el campo libre á Cárlos de Olivares.
AURELIA. ¿Es posible?
GONZ. Ni le apoya ni le combate. Aqui tiene usted la carta del ministro en que se lo asegura. (Á Aurelia, dándole una carta.)
AURELIA. (Abriéndola con rabia.) ¡Oh! no hay duda. (Á Gonzalez.) ¿Quién la ha traido?
GONZ. Un portero que espera todavia.
AURELIA. Voy á contestarle. (¡Ah! será preciso inventar algo extraordinario. (Sale.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos AURELIA. El Marqués se sienta á escribir.

GONZ. (Frotándose las manos al ver salir á Aurelia.) (Todo marcha

á pedir de boca... Yo estoy seguro de que ahora me ayudará en mis amores, como yo... la he ayudado en los suyos... Demos, pues, el último golpe.) (Á Cárlos.) Amigo mio, usted debiera hallarse ya entre los electores.

CARLOS. ¿Yo?

GONZ. ¿Quién lo duda?... Mientras su suerte se decide... es preciso moverse... dar la mano, hablar á todo el mundo... hacer lo que por usted estoy yo haciendo.

CARLOS. Caballero, no sé cómo agradecer á usted un interés...

GONZ. Yo soy asi. Sirvo á mis amigos hasta la pared de enfrente. Vamos, parta usted...

CARLOS. Pero presentarme ahora solo... cuando se ocupan de mí...

GONZ. Es verdad; mejor seria que le acompañase á usted un personaje respetable.

CARLOS. El señor Marqués está escribiendo en mi favor...

MARQUES. Comienzo la tercera carta.

GONZ. Eso es ya tarde. Valdria mas que el señor Marqués se dignase presentar á usted á los electores. Los colonos desean verle.

MARQUES. (Levantándose.) No deseo otra cosa; pero el estado de mi salud...

CARLOS. (Con viveza.) Tiene usted razon; yo no puedo permitir que por mí se exponga usted á una recaida.

GONZ. Déjele usted.

MARQUES. Usted me ha prohibido salir, y creo que ha hecho usted bien, porque siento un mal estar...

CARLOS. ¿Lo oye usted?...

GONZ. Si, el mal estar de la mejoria. (Á Cárlos.) (Pronto le verá usted curado. Ahora que el Gobierno ha triunfado ya puede aliviarse.) (Acercándose al Marqués.) Veamos el pulso... (Mientras le pulsa.) El ministro me ha preguntado por usted.

MARQUES. ¿Si?

GONZ. Le he dicho que necesita usted el reposo y el aire del campo. (Teniendo todavia cogida su mano.) No se mueva usted... Me ha contestado: «Gracias á Dios, ahora podrá hacerlo, porque tardaremos en tener otra cuestion de gabinete.»

MARQUES. ¿La mayoria está satisfecha?

GONZ. El pulso está bueno.

MARQUES. De modo que el ministerio...
GONZ. Se ha asegurado.
MARQUES. Y mi mujer, que decia...
GONZ. Se habrá engañado. (Sin dejar de pulsarle.) Nada de frecuencia, nada de agitacion, nada de calor... Debe usted encontrarse bien...
MARQUES. (Dudando.) Si, me siento mejor.
GONZ. La fiebre ha desaparecido... Puede usted salir.
MARQUES. ¿Usted cree que el aire?...
GONZ. Yo respondo del aire.
MARQUES. Entonces, pronto, el coche. (Llama.)
GONZ. (Á Cárlos.) ¿Qué le decia yo á usted?
CARLOS. (Con sorpresa.) No me explico...
MARQUES. (Á un Criado.) Que enganchen en seguida.
GONZ. Es inútil; los momentos son preciosos... Mi coche está á la puerta; suban ustedes en él.
CARLOS. ¡Cómo! ¿Se va usted á quedar?...
GONZ. ¿Qué importa? Lo mio es de mis amigos. (Al Criado.) El sombrero de tu amo; su baston, los guantes; vamos, despacha.
CARLOS. (Á Gonzalez.) ¡Oh! amigo mio, le debo á usted...
GONZ. La diputacion.
CARLOS. Mas todavia... la dicha de mi vida entera. Quiero que asista usted á mi matrimonio, que sea usted mi padrino.
GONZ. (Con sorpresa.) ¿Se casa usted? ¿Con quién?
CARLOS. Con Teresa, con la hija del señor Marqués. Tengo ya el consentimiento de su papá, á quien Aurelia ha hablado en mi favor.
GONZ. ¡Aurelia!
CARLOS. Es un asunto que ella ha tomado bajo su proteccion.
GONZ. (¡Cielos! ¡qué escucho!)
MARQUÉS. (Que se ha puesto los guantes y el sombrero, cogiendo del brazo á Cárlos.) Vamos, vamos corriendo, y puesto que Gonzalez se empeña, llevemos su carruaje. (Sale con él.)

ESCENA XV.

GONZALEZ solo.

(Paseándose muy agitado.) Se van y me dejan asi... Pero qué es lo que ese hombre ha dicho? ¡Se casa con mi heredera! Y yo que me precio de listo y de travieso he

sido engañado como un chiquillo y he ayudado... ¡Oh! ¡esto es increible! En cuanto yo vea á esa señora aventurera...

ESCENA XVI.

GONZALEZ, AURELIA.

AURELIA. (Entrando con precipitacion.) ¡Ah! Gonzalez, aqui tiene usted la carta para el ministro... Llame usted... Que la lleven en seguida... Acaso sea tiempo todavia!

GONZ. (Tomando la carta y haciéndola pedazos.) No señora, ya no es tiempo afortunadamente.

AURELIA. ¿Qué hace usted? Ha perdido la cabeza?

GONZ. Basta ya de abusos... Lo sé todo.

AURELIA. Usted no sabe lo que se dice. ¿Y mi marido?

GONZ. (Colérico.) Ha partido con Cárlos para las elecciones en mi propio carruaje.

AURELIA. ¡Cielos!

GONZ. (Con ironia.) Su triunfo de usted es completo.

AURELIA. Escuche usted...

GONZ. Pero gracias á Dios yo puedo deshacer todavia esa traicion y trastornar la eleccion de Olivares.

AURELIA. (Con gozo.) ¿De veras?

GONZ. Voy corriendo al distrito á descubrir las intrigas, las infamias que se han puesto en juego... Presentaré pruebas.

AURELIA. Si, corra usted.

GONZ. Y si es preciso anunciaré la caida del ministerio.

AURELIA. Y la de mi marido...

GONZ. Y si no basta diré que la revolucion ha estallado...

AURELIA. Y que se estan levantando barricadas.

GONZ. ¡Ah! no se burle usted de mí, porque antes de una hora... (Se dispone á salir.)

ESCENA XVII.

DICHOS, BERNARDO.

BERN. (Apareciendo en la puerta del fondo.) ¡Atras! Ya te eché el guante... (Le coge de un brazo.)

GONZ. Déjeme usted salir...

BERN. ¡Infame!... me ha engañado usted como á un tonto... Conque ha hablado usted á todo el mundo en contra mia.

GONZ. Eso es falso.

BERN. Los amigos lo han dicho despues de abandonarme.

GONZ. Por su propio interés déjeme usted pasar y luego le explicaré...

BERN. (Sin soltarle.) Le he dicho á usted que no... Usted se ha burlado de mí; pero yo le aseguro que me la ha de pagar...

GONZ. ¡Hombre! suélteme usted...

BERN. Yo que tenia una comida encargada... con ostras y toda clase vinos... para despues de la eleccion... ¡Ah! si cuando no le rompa á usted un hueso.

GONZ. Esto solo me faltaba...

AURELIA. Por Dios, primo... tranquilízate...

BERN. En cuanto yo le coja fuera de aqui.

GONZ. Vamos donde usted quiera.

BERN. Vamos.

AURELIA. (Retirándose.) ¡Oh! ¡es tarde!

ESCENA XVIII.

DICHOS, SALAZAR.

SALAZAR. (Deteniendo á Gonzalez, que se dirige á salir.) Una palabra, caballero... Cabalmente vengo en busca de usted.

GONZ. Otro todavia.

SALAZAR. Por qué me ha engañado usted diciéndome que el señor Marqués se hallaba gravemente enfermo? Me ha obligado usted á hacer multitud de visitas solicitando su plaza, y en la Academia me le acabo de encontrar sano y bueno con Cárlos de Olivares, y en el mismo carruaje que usted usa.

BERN. ¡En su mismo carruaje! (Va á llevar mas leña!)

GONZ. ¿Señores, y eso qué prueba? Que yo he sido engañado lo mismo que ustedes. Aqui hay una persona que nos ha hecho traicion á todos, y esa ¿saben ustedes quién es?

SALAZAR. ¿Quién?

GONZ. Aurelia.

BERN. ¡Mi prima! ¡Mentira!

ESCENA XIX.

DICHOS, MAQUEDA, BOMBONI, PERALTA.

PERALTA. ¡Victoria completa! ¡querido Gonzalez! Anuncie usted á la señora marquesa que todo marcha á las mil maravillas... los anuncios, los carteles, los periódicos... y los electores. ¡Olivares será elegido!

MAQ. Cumpliendo las instrucciones que usted nos ha dado...

BERN. (Enseñando los puños á Gonzalez.) Lo oye usted? cumpliendo con sus instrucciones...

MAQ. Hemos hablado á los estudiantes de leyes y preparado una ovacion al jóven jurisconsulto. Habrá serenata, vítores, comida.

GONZ. Pero todo eso lo habia yo dispuesto para Bernardo...

PERALTA. Pero como luego nos dió usted contraórden.

GONZ. ¡Esa contraórden no sirve! Bernardo, vuelve á ser nuestro candidato.

BOMBONI. ¿Qué es lo que usted dice?

SALAZAR. Señores, trata de engañarnos de nuevo.

BERN. ¡Es un miserable!

MAQ. ¡Un intrigante!

BOMBONI. ¡Un traidor!

SALAZAR. ¡Un farsante!

TODOS. ¡Un farsante!

GONZ. Señores, yo quiero explicar...

VARIOS. Que no hable!

BERN. (Remangándose los puños.) Dejármele á mí que yo le contestaré.

TODOS. ¡Fuera! ¡fuera! (El desórden llega á su colmo, todos gritan y amenazan á Gonzalez.)

ESCENA XX.

DICHOS, el MARQUÉS, que aparece por el fondo muy agitado. Aurelia, por la derecha.

MARQUES. Señores, ¡qué desórden es este, en mi propia casa!

TODOS. (Con respeto.) ¡El señor Marqués!

SALAZAR. Perdone usted si en la confusion en que nos ha puesto Gonzalez... Solo usted puede sacarnos de ella. ¿Quién

es por fin el elegido?

MARQUES El triunfo nos ha cogido en las puertas. Ya tenemos diputado.

TODOS. ¡Quién!

MARQUES. (Señalando al fondo, por donde aparece entre Teresa y Matilde Cárlos, rodeado de electores que le felicitan y aclaman.) Vedle allí.

TODOS. ¡Viva!

CARLOS. (Adelantándose.) ¡Ah, amigos mios!... Señor Marqués... mi querido Gonzalez... (Á Aurelia.) mi noble protectora... ¡cuánto debo á todos!

AURELIA. (Á Matilde, que la saluda.) ¿Á qué viene usted?

MATILDE. Á saludar á mi maestra.

CARLOS. Señores... ¡cuán injusto he sido con todos! Hace pocas horas todavia me quejaba de los hombres de suerte... y acusaba á mi época de cábalas... de intrigas... de egoismo... y ahora veo (Mirando á Aurelia.) que hay amistad verdadera... (Mirando á Gonzalez.) y desinteresada... (Mirando á los amigos.) y que se puede subir sin farsas ni maquinaciones.

GONZ. (Á Matilde.) Señora, usted que sabe lo que ha pasado, puede decirle...

MATILDE. No hay inconveniente en ello. Cárlos, los tontos se asocian hoy de tal modo para protegerse y ayudarse unos á otros, que necesitan del favor y de la intriga para abrirse paso hasta los hombres de talento.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 3 de Noviembre de 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

y María.
l en 1818.
lá vista de pájaro.
›bre hojuelas.
es de Polonia.

y Blanco.
io se entiende, ó un hom-
imido.
a contra nobleza.
;odo oro lo que reluce.

la.

›lto de enmienda.
á rio revuelto.
la y por él.
ıeridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
›so caballero es D. Dinero.
›s veniales.
› y castigo, ó la conquis-
› Ronda.

onvido al Coronel!.
mucho abarca.
uerte la mia!
ı es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

lca y Medoro.
ı de buena ley.
l mas feo.

yina la Gitana.
ɪo y Marte.
› y Flora.

ɜenando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
›r.

chiller.
ıctrino.
ısayo de una ópera.
ılesero y la maja.
ɪrro del hortelano.
euta y en Marruecos.
on en la ratonera.
ıtimo mono.
ıdos de carnaval.
ɜlirio (drama lírico.)
›stillon de la Rioja *(Música)*
ızconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
› segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lucena	Cabeza.
Albacete	Perez.	Lugo	Viuda de Pujol.
Alcoy	Martí.	Mahon	Vinent.
Algeciras	Almenara.	Málaga	Taboadela.
Alicante	Ibarra.	Idem	Moya.
Almeria	Alvarez.	Mataró	Clavel.
Avila	Lopez.	Murcia	Hered. de Andrion
Badajoz	Ordoñez.	Orense	Robles.
Barcelona	Sucesor de Mayol.	Orihuela	Berruezo.
Idem	Cerdá.	Osuna	Montero.
Bejar	Coron.	Oviedo	Martinez.
Bilbao	Astuy.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Burgos	Hervias.	Palma	Gelabert.
Cáceres	Valiente.	Pamplona	Barrena.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.	Pontevedra	Verea y Vila.
		Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena	Muñoz Garcia.	Reus	Prius.
Castellon	Perales.	Ronda	Gutierrez.
Ceuta	Molina.	Salamanca	Huebra.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando	Martinez.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar	Esper.
Córdoba	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña	Lago.	Santander	Hernandez.
Cuenca	Mariana.	Santiago	Escribano.
Ecija	Giuli.	San Sebastian	Garralda.
Ferrol	Taxonera.	Segorbe	Mengol.
Figueras	Bosch.	Segovia	Salcedo.
Gerona	Dorca.	Sevilla	Alvarez y comp.
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria	Rioja.
Granada	Zamora.	Talavera	Castro.
Guadalajara	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana	Charlain y Fernz.	Teruel	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo	Hernandez.
Huelva	Osorno.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Valencia	Mariana y Sanz.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valladolid	H. de Rodriguez
Jaen	Idalgo.	Vigo	Fernandez Dios.
Jerez	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú	Creus.
Leon	Viuda de Miñon.	Vitoria	Illana.
Lérida	Sol.	Ubeda	Bengoa.
Logroño	Verdejo.	Zamora	Fuertes.
Lorca	Gomez.	Zaragoza	Lac.